

ISSN 0120-0216



aleph



Caravaggio/92

octubre/diciembre, 1992

Nº 83



ISSN 0120-0216
Resolución No. 00781 Mingobierno



Original Pilar González Gómez

Consejo Editorial:
Carlos Enrique Ruiz
Heriberto Santacruz
Adela Londoño Carvajal
Jorge Eduardo Hurtado

Director:
Carlos Enrique Ruiz

Apartado Aéreo No. 1080
Manizales, Colombia, S.A.

Con los auspicios de la
Fundación ALEPH,
Personería Jurídica No. 3217 de 1986
Adela Londoño (Presidente)
Gloria Matilde Gómez (Gerente)
Apartado Aéreo No. 1807, Manizales, Col.

octubre/diciembre, 1992

aleph



Les « Essais », édition parisienne de 1588.

Los ensayos de Montaigne: bálsamo curativo

Alfonso López-Michelsen

Estimado amigo:

No sé si la colaboración que usted me pide en su carta del 2 de Junio sea un poco tardía en esta fecha. He estado tan ocupado y con algunos quebrantos de salud pasajeros que se me hizo imposible hacerlo en tiempo oportuno.

Mi impresión personal en un caso como el de Montaigne es relativamente fácil de explicar y de escribir.

Mis estudios de bachillerato los hice en Bélgica y en Francia. Fueron 6 años de familiarizarme con la literatura francesa, siglo tras siglo. Era de rigor, y supongo que lo es todavía en los liceos de Francia, estudiar la prosa de los grandes escritores de cada siglo y escribir de tiempo en tiempo un ensayo sobre el autor predilecto.

Cualquiera podría imaginar que, a los 12 ó 13 años, que correspondían al estudio de los autores de los siglos XV y XVI, el educando estaría en capacidad de formular un juicio acerca del contenido y de la forma de los trabajos de un Montaigne o de un Rabelais.



Si bien los textos eran de obligatoria lectura, muy pocos eran entre los alumnos quienes devoraban semejantes mamotretos. Para tal efecto existían unas antologías bajo el nombre de Páginas Escogidas (Morceaux Choisis), que nos relevaban a los estudiantes de la obligación de digerir las grandes obras del pasado. La digestión venía por otro conducto. Cuanto se enseñaba con respecto a la literatura francesa era entresacado de los estudios críticos de Sainte-Beuve, el gran comentarista de la literatura francesa de todos los tiempos hasta la

primera mitad del Siglo XIX. Su autoridad, como supremo Pontífice de la literatura, prosa y verso, era tal que sus juicios sobre los distintos autores llegaban a ser tan estereotipados que eran de tan obligatorio aprendizaje como los propios textos.

En el caso de Montaigne recuerdo claramente que el tema obligado en el examen de 5o. año era cuál sistema educativo preconizaba Montaigne en oposición a Rabelais. El primero aconseja las experiencias vividas, el método experimental, siguiendo la naturaleza, a tiempo que Rabelais se inclina por la erudición extraída de los libros de la antigüedad y las enseñanzas de los precursores.

No sé porqué se me antoja que, 50 años después, los cuestionarios de los exámenes de fin de año deben ser los mismos: las diferencias entre Montaigne y Rabelais, entre Cornelle y Racine, Voltaire y Rousseau... Al cabo de los años, lo único que uno sacaba en claro, en el caso del cual me vengo ocupando, era que Montaigne incluía en la literatura francesa una estirpe de pensadores que, como él mismo lo confiesa, "hacían de su yo la materia de su libro": filósofos atormentados por el vicio de la introspección que aspiraban a entender al prójimo y a la humanidad entera en función de su caso personal.

No de otro linaje fueron los "Pensamientos" de Pascal en el Siglo XVII, "Las Confesiones" de Rousseau, en el Siglo XVIII, "Las Confesiones de un hijo de su siglo", de Musset, en el Siglo XIX y los diarios de André Gide y las novelas del propio Proust, en el Siglo XX, que fueron las lecturas favoritas de mi adolescencia.

Fué a través de Gide que retorné el gusto por los Ensayos de Montaigne que, sin duda, tuvieron una gran influencia en mi formación literaria. Son páginas sabrosas, de un escéptico de buena ley, pero adobada con afortunadas comparaciones campesinas que denuncian la autenticidad en la pluma de su autor.

Me ocurre en lo que llevo recorrido de la vida con los escritores de otras épocas que es posible que le suceda a muchos otros lectores: simpatizo o antipatizo con la persona misma del autor, visto a través de sus escritos, Montaigne es uno de mis amigos más íntimos. Me imagino que, si hubiera sido su contemporáneo y la vida me hubiera brindado la oportunidad, serían muchas las veladas que habríamos pasado juntos dialogando sobre los más diversos temas, al pié de la chimenea con el estímulo de un buen vino del Sur de Francia. Con Oscar Wilde, por ejemplo, me habría sucedido lo contrario: su petulancia me habría obligado a guardar silencio mientras admiraba sus paradojas.

A Montaigne lo siento tan próximo como si de toda la vida lo hubiera conocido, y quizás se hubiera interesado en este mestizo americano, descendiente de aquellos primeros indígenas que fueron transportados a Europa, de los cuales se ocupa en los Ensayos, como que fue una de las primeras plumas europeas que divulgaron la existencia de americanos autóctonos, importados por los conquistadores españoles.

Recientemente he leído que este escritor tan francés de apariencia era de prosapia judía y contaba con ancestro español. Es lo que me explica lo dilatado de sus horizontes.

Lo cierto es que, para su tiempo, era un pensador cosmopolita, lo cual desmiente aquella característica tan francesa a través de los siglos cual es la de hacer girar el universo alrededor de su patria chica, ya sea tratándose de la Historia, de la Ciencia,

de la Literatura y del arte en general. Algo que llevó al crítico alemán Ernest Curtius a titular su Ensayo sobre Francia: "¿Dios, si es francés?".

Yo les recomendaría a los jóvenes de mi tiempo que leyeran los Ensayos. No encontrarán en sus páginas grandes disquisiciones filosóficas para transformar el mundo contemporáneo, ni un edificio armónico, al estilo de los pensadores alemanes en donde tengan cabida todas las piezas de un sistema. Será, en cambio, un bálsamo curativo de las dolencias de nuestro tiempo, una suave nota escéptica que los redimirá del pesimismo cotidiano con la insuperable noción de que nada es eterno, ni irremediable sino, como lo decía Montaigne del hombre, todo es vano, mudable y ondeante. Es la terapia que nos hace falta a todos.

Sin otro particular, grato me es repetirme como siempre, su amigo y compatriota.

Alfonso López Michelsen
ALFONSO LOPEZ MICHELSEN



Miguel de Montaigne (*)

Ch. M. des Granges

Miguel de Montaigne nació el 28 de febrero de 1533. Su apellido paterno es Eyquem, y su familia había adquirido fortuna y notoriedad en el alto comercio bordelés. El castillo de Montaigne, donde nació el escritor, y que estaba situado en un montecillo a cuyo pie fluye el Didoire, afluente del Dordoña, fué comprado por el bisabuelo de Montaigne, en 1477. Su padre, Pierre Eyquem, nació allí en 1495, abandonó el comercio, hizo la guerra en Italia, casó con una mujer de ascendencia israelita y fué nombrado consejero en el Tribunal de Impuestos Indirectos, y alcalde de Burdeos, en 1544.

Sabemos por los Ensayos que Pierre Eyquem era hombre serio, suave, modesto, hábil para los ejercicios corporales hasta su vejez. Su inteligencia y su sentido práctico se revelan en el método que hizo seguir a su hijo Miguel para aprender la lengua latina.

Desde que comenzó a hablar, el niño fué confiado a un preceptor alemán que no sabía una sola palabra de francés, y que para entenderse con su pequeño alumno debió servirse exclusivamente del latín. "En cuanto al resto de la casa, dice Montaigne, era regla inviolable que ni mi mismo padre, ni mi madre, ni mucamos, ni camareras hablasen en mi compañía más que las palabras latinas que cada cual aprendiera para jerigonzar conmigo. Tenía yo más de diez años y aún no había oído más francés o perigordino que árabe; y sin arte, sin libro, sin gramática o precepto, sin látigo ni lágrimas había aprendido un latín tan puro como el de mi maestro, puesto que yo no hubiera podido mezclarlo ni deformarlo".

Pero hubo sin duda cierta falta de vigor en la educación primera de Miguel; lo despertaban de mañana al son de instrumentos musicales, y

(*) "Ensayos Selectos de Montaigne"
Miguel de Montaigne,
Ed. Librería El Ateneo Editorial Buenos Aires, 2a. edición, 1959.

vagabundeaba durante parte del día con los niños campesinos de los alrededores. Por cierto que el niño experimentó una impresión desagradable cuando lo pusieron en el colegio de Guyena, en Burdeos. En esa "celda de juventud cautiva", Miguel de Montaigne permaneció seis años, y continuó estudiando latín: apreció particularmente a los poetas Ovidio, Terencio, Virgilio, tomó parte activa en los ejercicios de arte escénico, y representó papeles en las tragedias latinas de Buchanan y de Muret. A los trece años, comenzó a seguir los cursos de la Facultad de Artes de Burdeos, donde tuvo por maestro a uno de los más famosos ciceronistas de la época, Marc-Antoine Muret. Terminó sus estudios de Derecho en la ciudad de Tolosa y fué nombrado consejero en el Tribunal de Impuestos de Périgueux. Allí conoció a La Boétie, dos años mayor que él, y hacia quien sintió desde el primer día una amistad que se considera legendaria.

Luego pasa a ocupar un cargo en el Parlamento de Burdeos. Parece haber llenado sus funciones con cierta indolencia, durante los dieciséis años que trabajó allí. En efecto, hace frecuentes viajes a París, acompaña a la corte a Bar-le-Duc en 1561 y a Ruán en 1563.

En 1565, se casa. Su mujer, hija de uno de sus colegas del Parlamento, Françoise de la Chassaigne, fué la compañera discreta e inteligencia que convenía a este hombre inquieto. Al morir su padre en 1568, Montaigne, rico por su casamiento y por la herencia paterna, presenta la dimisión a su cargo en el Parlamento de Burdeos en 1570. Helo aquí convertido en gran señor campesino; y hacia 1571 comienza en su biblioteca esa serie de lecturas y de análisis morales de donde surgirán los Ensayos.

En 1580, Montaigne (que ya había publicado, en 1569, la traducción de la *Teologie Naturelle* de Raymond de Sébonde) pública, en Burdeos, los dos primeros libros de sus Ensayos. Luego emprende un largo viaje. Deja su castillo el 22 de junio de 1580, va primeramente a París, donde presenta al rey un ejemplar de su libro, se dirige a Plombières donde hace una cura de aguas, pasa por Suiza, Baviera, el Tirol, baja a Italia por el paso del Brénero y Trento, se detiene algunos días en Venecia y finalmente llega a Roma, en donde permanece cuatro meses. Parte de Roma el 14 de abril de 1581 para ir a hacer una cura de aguas a los baños de la Villa, en las cercanías de Luca (Toscana). Allí recibe la noticia de su elección como alcalde de Burdeos. Tras una nueva estada en Roma, durante la cual recibe el título de ciudadano romano que había solicitado, vuelve a Francia, viajando en pequeñas etapas: el 30 de noviembre de 1581 está de regreso en su castillo de Montaigne.

Montaigne nos deja un relato de su viaje, especie de diario dictado a su secretario, en el que habla de sí mismo en tercera persona. Este diario recién fué publicado en el siglo dieciocho. Al principio, su lectura causa cierta decepción: se creería encontrar opiniones más originales y más profundas sobre las costumbres de los pueblos que Montaigne visitó. Si pensamos bien, esos detalles menudos, irónicos en su puerilidad, son justamente lo que debía esperarse de autor de los Ensayos, penetrante observador de las contradicciones humanas. Agreguemos, para aquellos a quienes incomodará la parte medicinal de este viaje, que Montaigne no pensó de ningún modo destinar esas notas al público.

Una vez alcalde de Burdeos (un poco a pesar de él, si debemos creer en sus palabras), Montaigne durante dos años, llenó sus funciones con exactitud y tranquilidad. Reelegido en 1583, pronto se encontró en medio de serias dificultades, pues la región de Guyena

se hallaba trastornada por las querellas entre el Rey de Navarra, el futuro Enrique IV, y el rey de Francia, Enrique III. En 1585 estalló la peste y Montaigne, que acababa de recobrar de la enfermedad, rehusó dejar su castillo. Sin duda le faltó valor cívico, y siempre se comparará su abstención demasiado prudente con el heroísmo de Roxtrou que volvió a morir a Dreux, a donde lo llamaba su cargo de magistrado judicial. Pero la mayoría de sus biógrafos lo excusan aduciendo sus deberes de esposo y padre, y hacen observar que Montaigne había demostrado verdadero estoicismo cuando asistió hasta el último suspiro a su amigo La Boétie, atacado de una enfermedad contagiosa.

Desde entonces, Montaigne renunció a toda vida política y civil. Se encerró nuevamente en su biblioteca y trabajó en forma tal que en 1588 pudo ofrecer al público una segunda edición de los Ensayos, en tres libros: el último era completamente nuevo, y los dos primeros se veían aumentados con más de seiscientas adiciones.

Para hacer imprimir su obra, Montaigne fué a París. De allí dirigióse a los Estados de Blois. Después del asesinato de Enrique III, resistió a los ofrecimientos de Enrique IV, a quien conocía y quería, y no dejó ya su castillo, en donde murió muy cristianamente, el 13 de septiembre de 1592, a la edad de cincuenta y nueve años.

El texto común de los Ensayos de Montaigne, la vulgata, es el de 1595. Esta edición fué publicada tres años después de la muerte de su autor, por Mademoiselle de Gournay, su hijastra, y el poeta bordelés Pierre de Brach, bajo la activa y fiel supervisión de Madame de Montaigne.

Desde la edición completa de 1588, en efecto, Montaigne había retocado, completado y recargado su texto, y preparaba una reimpresión que su muerte, acaecida en 1592, le impidió hacer. La biblioteca municipal de Burdeos posee un ejemplar de 1588, cubierto de agregados y correcciones de mano del mismo Montaigne: este ejemplar ofrece notables diferencias con la edición de 1595, que debió ser impresa según otra revisión, hoy desaparecida.

Tenemos, pues: primero, la edición de 1580, que comprende el texto primitivo de los dos primeros libros; segundo, la edición de 1588, que contiene los tres libros, y que es la última impresa en vida de Montaigne; tercero, la edición de 1595, póstuma, publicada según un texto retocado por Montaigne; cuarto, el ejemplar de Burdeos¹.

Estos diferentes aspectos bibliográficos son interesantes, pues de su examen podemos informarnos del progreso y las alternativas del pensamiento de Montaigne, que es profundo y múltiple.

¹ El texto de 1580 está reproducido en la edición *Dezeimeris et Barckhausen* (Burdeos, 1870). El texto de 1588, en la edición *Motheau et Jouaust*. (París, 1885). El texto de 1595, en la edición *Courbet et Royer* (París, 1872). El texto de Burdeos en la edición de *Strowsky* (Burdeos, 1906).



LII

El Señor de Montaigne

la serenidad de la duda

El examen libre del mundo

en la intimidad

“¿Que sais je?”

C.E.R.

Su pensamiento (*)

Y ... o mismo soy el contenido de mi libro, ..."

"Preciso es reconocer que el hombre es cosa pasmosamente vana, variable y ondeante, y que es bien difícil fundamentar sobre él juicio constante y uniforme".

"No estamos nunca concentrados en nosotros mismos, siempre permanecemos más allá: el temor, el deseo, la esperanza nos empujan hacia lo venidero, para llevamos a reflexionar sobre lo que acontecerá, a veces hasta después de nuestra vida".

"¡Dichosos los que saben hacer que sus sentidos gocen en presencia de la insensibilidad y vivir de su muerte!".

"El alma se pierde cuando no tiene un fin establecido, pues, como suele decirse, estar en todas partes no es encontrarse en ninguna".

"... por experiencia se ve que las memorias excelentes suelen acompañar a los juicios débiles".

"No somos hombres ni estamos ligados los unos a los otros más que por la palabra".

"La constancia consiste principalmente en soportar a pie firme las desdichas irremediables".

"Nada me horroriza más que el miedo y a nada debe temerse tanto como al miedo;..."

(*) Selección de citas: C.E.R., con base en: Miguel de Montaigne. Ensayos Selectos Ed. ElAteneo, colección 'Clásicos inolvidables', Buenos Aires 1959 (2a. edición). Traducción: C. Román y Salamero.

"Dice Cicerón que filosofar no es otra cosa que disponerse a la muerte".

"Cualesquiera que sean las ideas de los filósofos, aún en lo tocante a la virtud misma, el último fin de nuestra vida es el deleite".

"Amenazado Esquilo de que una casa se desplomaría sobre él, para nada le sirvió la precaución ni el estar alerta, pues pereció del golpe de una tortuga que en el aire se había desprendido de las garras de un águila;..."

"... me basta vivir a mis anchas y procuro darme el mayor número de satisfacciones posibles, por poca gloria ni ejemplar conducta que con ello muestre..."

"La premeditación de la muerte es premeditación de libertad; quien ha aprendido a morir olvida la servidumbre; no hay mal posible en la vida para aquel que ha comprendido bien que la privación de la misma no es un mal; saber morir nos libra de toda sujeción y obligación".

"Vinimos a la tierra para las obras y la labor: **Quum moriar, medium solvar et inter opus** (Quiero que la muerte me sorprenda en medio de mis trabajos: Ovidio)".

"...; no puede considerarse como doloroso lo que no ocurre más que una sola vez... El mucho vivir y el poco vivir son idénticos ante la muerte, pues ambas cosas no pueden aplicarse a lo que no existe".

"El continuo quehacer de vuestra existencia es levantar el edificio de la muerte".

"...; la hirviente juventud arde con ímpetu tal, que satisface en sueños sus amorosos deseos:..."

"Tengo por menos aventurado escribir sobre las cosas pasadas que sobre las presentes, entre otras razones porque en las primeras el escritor no tiene que dar cuenta sino de una verdad prestada".

"Valiera más informarse de quién es el que sabe mejor, no del que sabe más."

"...; no basta que la educación deje de empeorarnos, preciso es que nos haga mejores".

"Preguntando a este propósito Agesilao, sobre lo que a su entender debían aprender los niños, respondió 'que lo que debían hacer cuando fueran hombres'".

"Debe el maestro acostumbrar al discípulo a pasar por el tamiz todas las ideas que le trasmite y hacer de modo que su cabeza no dé albergue a nada por la simple autoridad y crédito".

"...; la modestia y el silencio son cualidades útiles en la conversación".

"Conténtese con corregirse a sí mismo y no haga a los demás reproche de lo que le disgusta..."

"... corresponde sólo a las almas grandes y a los espíritus elevados el ir contra la corriente general".

"... no ponga tanto interés en que aprenda los sucesos como en que sepa juzgarlos;..."

"Preguntado Sócrates por su patria, no respondió soy de Atenas, sino soy del mundo".

"Se nos enseña a vivir cuando nuestra vida ya ha pasado..."

"Nuestro discípulo tiene mucha más prisa; a la pedagogía no debe más que los quince primeros años de su vida, el resto pertenece a la acción".

"El mundo no es más que pura charla, y cada hombre habla más bien más que menos de lo que debe. Así la mitad del tiempo que vivimos se nos va en palabrería; se nos retiene cuatro o cinco años oyendo vocablos y enseñándonos a hilvanarlos en cláusulas; cinco más para saber desarrollar una disertación medianamente, y otros cinco para adornarla sutil y artísticamente. Dejemos todas estas vanas retóricas a los que de ellas hacen profesión expresa".

"Para que la ciencia sea beneficiosa no basta ingerirla en la cabeza, precisa asimilársela y hacer de ella cabal adopción".

"...; el que no aguarde a tener sed, no experimentará placer cuando beba;..."

"Entiendo que nuestra ocupación o profesión debe prolongarse cuanto se puede mientras podamos ser útiles al Estado; el defecto, a mi entender, reside en el lado opuesto, en no emplearnos en el trabajo antes del tiempo en que se nos emplea. Augusto fué juez universal del mundo cuando sólo contaba diecinueve años, y se exige que nosotros tengamos treinta para que demos razón del lugar en que hay una gotera".

"Paréceme que si se reflexionara en la fragilidad de nuestra vida y en los escollos ordinarios y naturales a que está expuesta no debiera repararse tanto en el año en que nacimos, ni dejarnos tanto tiempo en la inactividad, ni emplearlo tan de sobra en nuestro aprendizaje".

"¡A cuántas miserias nos empuja la buena opinión que nos formamos de nosotros!".

"Confórmese, pues, el hombre con sujetar y moderar sus inclinaciones, pues hacerlas desaparecer no reside en su débil poderío".

"Quien ejecuta el bien ejerce una acción honrada y hermosa; quien lo recibe la ejerce sólo útil".

"... lo que no se alcanza por medio de la razón, la prudencia y la habilidad, tampoco se consigue con la fuerza".

"Aunque yo pudiera ser temido, preferiría mucho mejor ser amado;..."

"Si los demás me engañan, al menos no me engaño yo mismo, ni me forjo la ilusión de creerme tan fuerte que me pueda guardar de las redes que se me tiendan, ni me devano los sesos para alcanzar ese privilegio; para consolarme de tales traiciones encuentro recursos en mi propio ánimo, y lejos de inquietarme ni de atormentarme me hacen más fuerte".

"Lo que yo busco son razones firmes y sólidas que me enseñen desde luego a sostener mi fortaleza, no sutilezas gramaticales;..."

"La muerte de un individuo es siempre semejante a su vida; no nos convertimos en otros para morir".

"... nosotros somos, no sé por qué causa, dobles en nuestra naturaleza, lo cual da margen a que aquello que creemos no lo creamos realmente y que no podamos desechar lo que condenamos".

"No somos más que ceremonia; la ceremonia nos arrastra, prescindimos de la esencia de las cosas; permanecemos en las ramas y abandonamos el tronco y el cuerpo del árbol".

"La razón del hombre es una peligrosa cuchilla de doble filo;..."

"Los suplicios más horribles de contemplar no son siempre los más duros de sufrir".

"... para juzgar con acierto a un hombre precisa sobre todo fiscalizar sus acciones ordinarias y sorprenderle en su traje de todos los días".

"..., la cobardía es lo que convierte nuestra creencia en tan blanda y maleable".

"Jamás en el mundo existieron dos opiniones iguales, como tampoco dos cabellos, ni dos granos iguales. La cualidad más universal de aquellas es la diversidad".

"Llena está de imperfecciones nuestra contextura pública y privada, mas en la naturaleza no hay nada inútil, ni siquiera la inutilidad misma".

"Yo propongo una vida baja y sin brillo,..."

"En toda suerte de negocios, cuando ya son pasados, de cualquier modo que hayan acontecido, tengo poco pesar, pues la consideración de que así debieron suceder aparta de mí el resentimiento".

"El más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es a mi ver la conversación:... El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que apenas vigoriza: la conversación enseña y ejercita a un tiempo mismo".

"Yo soportaría el ser duramente contradicho por mis amigos; el oír, por ejemplo: 'Eres un tonto, está soñando'. Gusto, entre los hombres bien educados, de que cada cual se exprese valientemente, de que las palabras vayan donde va el pensamiento: nos precisa fortificar el oído y endurecerlo contra esa blandura del ceremonioso son de las palabras".

"Antístenes ordenó a sus hijos 'que no agradecieran nunca las alabanzas de ningún hombre'".

"Tengamos constantemente en los labios aquellas palabras de Platón: 'Lo que yo juzgo malsano ¿no será por encontrarme yo en ese estado?'".

"... es preciso vivir por autoridad y derecho propios, no por recompensas ni por gracia. ¡Cuántos hombres cumplidos prefirieron mejor perder la vida que deberla!"

"... mis cualidades más favoritas, que son la ociosidad y la franqueza".

"Yo encuentro que los espíritus elevados son casi tan aptos para las cosas bajas como los bajos para las altas".

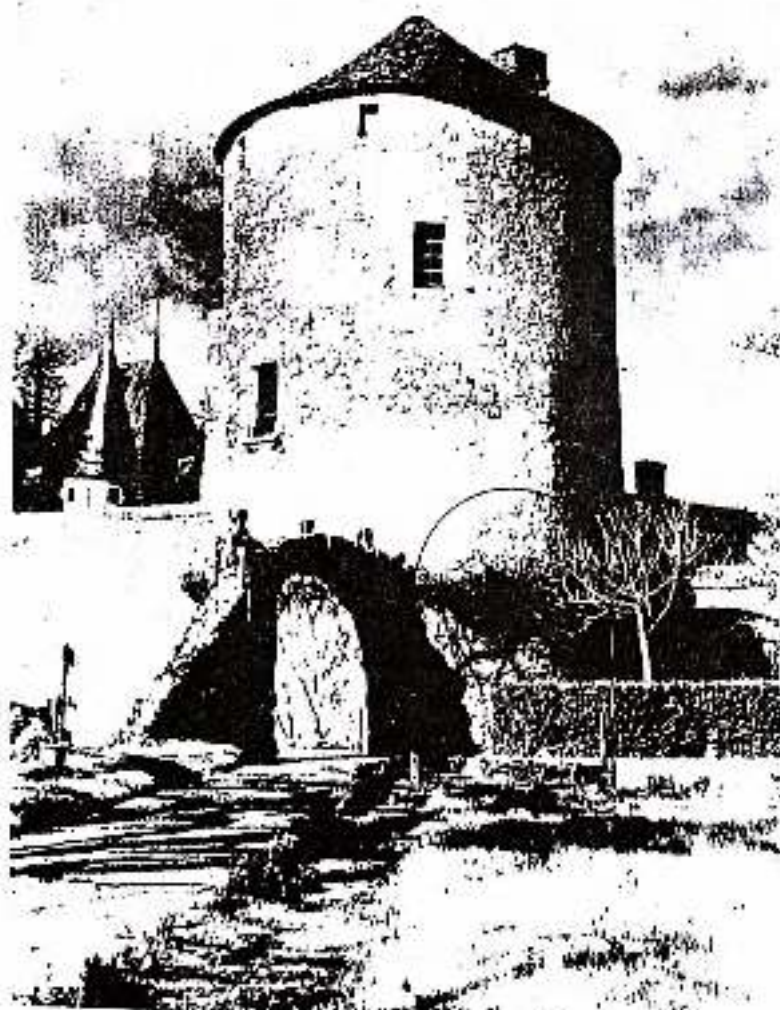
"Para medir la constancia, necesariamente precisa conocer el sufrimiento".

"Platón recomienda tres cualidades a quien pretende examinar el alma ajena: ciencia, benevolencia y resolución".

"Nada hay que deba tanto recomendarse a la juventud como la actividad y la vigilancia: nuestra vida no es sino acción y movimiento".

"De nuestras enfermedades, la más salvaje es el menosprecio de nuestro ser".

"Las vidas más hermosas son, a mi ver, aquellas que mejor se acomodan al modelo común y humano, ordenadamente, sin milagro ni extravagancia".



Aspect Actuel de la Tour de Montaigne (Photo Jean Secret, 1958).

Verdad y sombra

Carlos Martín

Mi afición a la escritura, desde temprana edad, en busca de temas y consejo, me llevó a las páginas de los "Ensayos" de Montaigne. A la par con la poesía, había nacido en mí la inclinación al cultivo del ensayo. Avido de información sobre autores y libros, me interesó Montaigne, especialmente, como creador de ese género al cual consagró su vida con exclusivo y ejemplar empeño.

En tres ocasiones me sentí impulsado a consultar los "Ensayos". No sabría decir cuál de ellos primero y cuál después.

Habiendo sido nombrado miembro del jurado calificador de un concurso de ensayos, después de varias lecturas y de algunas reuniones, el presidente del jurado, Don Luis de Zulueta, notable escritor español, exilado en Colombia, declinó en mí la tarea de redactar el informe y de presidir el acto de la entrega de los premios. Escribí sobre los orígenes del ensayo y sobre el auge que en nuestro tiempo había adquirido. Consulté los orígenes del género en Montaigne por ser él su indiscutible creador y, desde el primer momento, me deleitaron páginas divertidas, sugerentes y fecundantes. Como creador y cultivador del ensayo, en Inglaterra, sobre todo, su éxito empezó a ser indiscutible. Desde entonces, el ensayo fué un género con magnífico destino, como se comprobó, luego, en todas las literaturas. Al ensayo debe Montaigne su reputación de extraordinario escritor clásico. Gracias al ensayo mostró el camino a Bacon y a Locke para hallar su originalidad.

En los "Ensayos" se enfrenta, con singular perspicacia, a sí mismo y, en renovado esfuerzo y divertimento, durante toda su vida, se consagra a comprenderse a sí mismo y a retratarse de cuerpo entero y de alma desnuda. El nuevo aporte al mundo de los ensayos se explica por su extraordinaria personalidad. Se complace, optimista y penetran-



te, en conocerse, sin complacencia y sin el prurito de la moralización. Abunda en detalles descriptivos del conjunto de su exterior y de su espíritu. Dije optimista y, no obstante, su pensamiento de investigador, en constante duda, lo señala como representante del escepticismo. De ahí sus palabras que constituyen la clave de su pensamiento: "¿Qué se yo?" similares a las de Sócrates, "Sólo sé que no sé nada", pero en forma interrogativa.

Defiende la verdad a todo trance y consciente de la inestabilidad de todo lo concerniente a la persona humana, nos presenta un ser común y corriente, semejante a nosotros, aun cuando se complace en decir: "Yo no he visto monstruo y milagro en el mundo, más perfecto que yo mismo: se familiariza a toda cosa extraña con el uso y el tiempo; pero cuanto más me estudio y me conozco, más me extraña mi deformidad y menos me entiendo a mí mismo".

Nos da razón de la importancia del juicio como instrumento necesario en el examen de toda clase de temas que intentamos exponer. Diestro se muestra para detenerse a la orilla de una materia demasiado profunda que no alcanza a dominar. En ocasiones medita en asuntos de poca monta, buscando razones para sustentarlos; en otras, sigue las huellas de quienes se han ocupado de cuestiones importantes sobre las que ya no hay aspectos nuevos que expresar. Frente a innumerables direcciones, escoge la que considera de mayor conveniencia, sin pretender agotar el tema. "Reflexiono, dice, sobre las cosas, no con amplitud, sino con toda la profundidad de que soy capaz, y las más de las veces tiendo a examinarlas por el lado más inusitado que ofrecen".

Con motivo de una publicación de Ramond Queneau, titulada "Pour un Bibliothèque Ideal", escribí sobre el libro, en general, y sobre la famosa encuesta del escritor francés, en relación con la escogencia de los libros preferidos, por cada uno de los numerosos escritores interrogados.

Sabía que el libro de Montaigne es el libro maravilloso en que se habían decantado y destilado veinte años de trabajo, en zumo concentrado de experiencia y meditación, de un gran escritor; un sólo libro en que se halla concentrada la historia de las ideas de un hombre cuya finalidad primordial es la de comprenderse a sí mismo y retratarse, con sencilla espontaneidad, con palabras al alcance de la gran mayoría, palabras cuyo engranaje constituye un estilo que vive, en la actualidad, aún con mayor aceptación que su propio contenido.

Comprobé que, en verdad, era un libro con vida, variado, ágil, divertido y cambiante como el espíritu que lo anima. Un libro cuya lectura nos ayuda a conocernos a nosotros mismos. Es cierto que se le ve nacer, transformarse y crecer; variar de fisonomía como de carácter; dudar, entre varios aspectos, del comportamiento humano y llegar a la madurez dentro de la perfección de una forma y de un pensamiento originales, como todo lo viviente, sin ocultar la alteración de algunos aspectos debidos a la edad.

No por sencilla es menos entrañable la expresión del aprecio que el autor siente por los libros. "Ni en tiempo de paz, dice, ni en épocas de guerra dejan los libros de acompañarme, a pesar de lo cual se pasarán muchos días y hasta meses sin que yo de ellos eche mano; los leeré dentro de un momento, me digo, o mañana, o cuando se me antoje: mientras tanto el tiempo corre y se va sin serme oneroso, pues es indecible cuánto me tranquilizo y apaciguo considerando que están junto a mí para procurarme placer cuando lo quiera y reconociendo cuán grande es el alivio que facilitan a mi vida. Son la mejor munición que haya yo encontrado en este humano viaje, y compadezco

extremadamente a los hombres de entendimiento que no la echan de menos".

Volví, entonces, a leer esas palabras, como si fueran mías y no del 1.500 y tuve la agradable sorpresa del sitio ocupado por Montaigne, en el resultado final de la encuesta dirigida por Raymond Queneau, de la Academia Goncourt, con la colaboración de más de sesenta escritores, cada uno de los cuales elaboró una lista de las cien obras consideradas de mayor importancia para la formación de una Biblioteca Ideal. Mediante un estudio estadístico de todas las listas recibidas, Queneau elaboró, como conclusión de la encuesta, una lista definitiva, en la cual ocupa el primer sitio el teatro de Shakespeare; el segundo, la "Biblia"; el tercero, "En busca del tiempo perdido", de Proust y el cuarto, los "Ensayos" de Montaigne. Por cierto que me extrañó que "El Quijote" ocupara el puesto 18. Quizás, pensé, descabelladamente, que debido a algo de "chauvinismo", se había cambiado el puesto de Cervantes por el Proust.

Durante algún tiempo fue tarea, no por ardua menos grata, el escribir varias páginas sobre el Nuevo Mundo. Una de ellas, sobre "el buen salvaje". Entonces, también, recurrí a Montaigne. Supe que "el buen salvaje" aparece en la política y en la literatura por medio del mismo Montaigne a quien le fué revelado por los aborígenes brasileños que asistieron a las fiestas de Rouen, en 1.555. Habla del "buen salvaje" en el capítulo titulado "Los caníbales", de sus "Ensayos". Ronsard, también, se refiere al "buen salvaje", en sus "Odas".

Según Afranio Peixote, el "buen salvaje" ha enseñado a Montaigne cosas terribles: entre otras, le ha inspirado la primera crítica de la monarquía hereditaria y la crítica del capitalismo, es decir, en suma, la primera teoría marxista. Se habla del "buen salvaje" durante todo el siglo XVII y, aún, en todo el XVIII: se vuelve a encontrar el "buen salvaje" en Rousseau, en Voltaire, en Marmontel y en muchos otros. No olvidemos que Colón, en sus cartas, se refiere a los buenos salvajes de las Antillas que amaban al prójimo como a sí mismos.

Pedro Martir de Anghiera, en la primera "Década", publicada en 1516, también dice de los mismos salvajes que vivían en un régimen propio de la Edad de Oro. El Padre de Las Casas fue un exaltado defensor y describe su existencia de manera conmovedora. Montaigne no estaba tan confinado como parece en la admiración de los antiguos que olvidase abrir los ojos sobre el presente y, aún, sobre el porvenir. De ahí su atención y su curiosidad por el Descubrimiento y la Conquista del Nuevo Mundo. Profetiza los destinos futuros de ese mundo niño: "Este mundo entrará en plena luz cuando el nuestro saldrá de ella". "¡Qué dolor que no hubiera caído en manos de César o de los antiguos Griegos y Romanos una tan noble conquista... Ellos hubieran pulido y desmontado dulcemente lo que había de salvaje en estos pueblos; hubieran anudado entre ellos y nosotros una sociedad e inteligencia fraternales. En cambio ¿qué hemos visto nosotros? Tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos millones de habitantes pasados a cuchillo y la parte más bella del mundo trastornada por las negociaciones de las perlas y la pimienta!".

"La magnificencia de las ciudades de Cuzco y México,... la hermosura de sus obras en pedrería, pluma y algodón, así como las pinturas, muestran que tampoco les ganábamos en industria. Por lo que toca al arrojo y al ánimo, en punto a firmeza, constancia y resolución contra los dolores, el hombre y la muerte, nada temería en oponer los ejemplos que encontrara entre ellos a los más famosos antiguos de que tengamos memoria en el mundo de por acá".

Montaigne que ha considerado, por lo general, como un conservador, no obstante, a veces, usa un lenguaje revolucionario. En Rouen, en 1555, cuando el joven Rey Carlos IX recibió a tres indígenas del Brasil a quienes se les preguntó que era lo que más sorpresa les causaba de las costumbres donde se hallaban, respondieron que sobre todo ver tantos "lentos y agobiados por toda clase de comodidades" mientras que algunos de sus semejantes "mendigaban a sus puertas descarnados de hambre y de pobreza"; no comprendían cómo "éstas pobres gentes podían soportar una injusticia semejante y no ahogaban a los otros o prendían fuego a sus casas".

Montaigne no se libra de los sueños utópicos. Llega hasta echar de menos, como una edad de oro perdida, la vida salvaje de esos pueblos primitivos. Es curioso que uno de esos pasajes haya sido copiado por Shakespeare. El poeta había leído los "Ensayos" en la traducción, publicada en 1601 por Florio, traducción que se conserva en el Museo Británico, en ejemplar anotado por Shakespeare. En la "Tempestad", uno de los compañeros llegados a una isla desierta, dice, con palabras textuales de Montaigne: (Yo no admitiré en mi república) "ninguna especie de tráfico, ningún nombre de magistrado, ningún conocimiento de las letras, ningún uso del servicio, de la riqueza ni de la pobreza, ningún contrato, ninguna sucesión, ningunas particiones; (nada de tierras acotadas, de campos labrados ni de viñedos), ningún uso del metal, del trigo, del vino, ni del aceite: (todos los hombres estarán ociosos... etc.) (-Se excluye de lo dicho por Montaigne lo que está entre paréntesis).

Con la lectura de Montaigne, especialmente en lo referente al Nuevo Mundo, se comprende que así como el mundo Occidental es hijo del Renacimiento, la América Latina es hija del Mundo Occidental. El reciente momento del Descubrimiento constituye foco de comprensión respecto de los dos mundos. En él se advierte la doble proyección característica de la cultura de Occidente. Hacia el pasado en busca de revaloración de la antigüedad grecolatina. En Montaigne, vemos como Europa se sustenta en esa tradición renovada por poderosas fuerzas renacentistas. Aspira a su reconstrucción siguiendo pautas de modelos antiguos. Hacia el porvenir, prologándose en América, por la creencia de ver convertido en realidad objetiva, concreta, el sueño largamente acariciado y heredado de la antigüedad, sueño de una tierra prometida, de un Paraíso primitivo que parecía definitivamente perdido.

Vemos cómo, con la noticia del Descubrimiento, el enfoque renacentista inicial, hacia el pasado, vira hacia el futuro. De nuevo, surgen utopías. Se multiplican los profetas de la felicidad. La concepción cristiana de la Ciudad de Dios, de espaldas al mundo terreno, deriva hacia las concepciones de Tomás Moro y de Campanella. A partir de 1500 Europa escucha la voz de los profetas. Se justifica el mito de El Dorado y se comprende la razón de las palabras de Tácito quién en su Germania habla de la bondad natural de los salvajes a la manera que lo hará, luego, Montaigne".

La presencia y el influjo de Montaigne, a lo largo, de gran parte, de mi curiosidad intelectual y de mi continuo ejercicio de escritor, en prosa y en verso, han sido para mí valiosos, no sólo por su obra que conservo, en dos volúmenes, edición Librería "El Ateneo", Buenos Aires, 1948, sino también, por las luces que sobre ella me han orientado, procedentes de ilustres comentaristas que, también, me acompañan desde hace varios años, como Pierre Villey, André Gide, Emilio Faget, Gabriel Compayré, Saint-Beuve y Maurice Merleau-Ponty.

En una primera lectura, es posible engañarse por circunstancias que tienen apariencias de fallas mayores, pero que han sido minimizadas o subsanadas por acción del paso del tiempo o por la crítica posterior.

El primer texto, publicado a los cuarenta y siete años, llega a verse oscurecido, por la inmensa cantidad de enmiendas y de citas que se acumulan en cada una de las tres siguientes ediciones, corregidas en vida. No era extraño, para ese entonces, que se dejara llevar por la admiración de griegos y romanos, cuyas culturas constituían el influjo dominante en esa época. Afortunadamente, Montaigne se apropió de esa erudición, pero la supo asimilar, sin perjuicio de su pensamiento y de su expresión. Su originalidad sobrevive con vigorosa persistencia. En tal sentido, el mismo Montaigne se compara a las abejas que "hurtan de aquí y de allá a las flores, pero luego hacen la miel que les pertenece por entero".

Gracias a su extraordinaria personalidad que sabe captar lo esencial, su mensaje supera los intereses locales y temporales para llegar hasta nosotros, con el descubrimiento de un ser humano, íntegro y auténtico, en que nos reconocemos, gracias al estudio original y minucioso, de su propia extraordinaria personalidad.

Otra circunstancia negativa, pero felizmente superada, es la idea generalizada de que en nuestro tiempo lo que se espera y se busca son los sistemas, los métodos o las doctrinas filosóficas que plantean soluciones a los graves problemas personales, sociales y políticos. Se olvida que, por lo general, esos métodos o filosofías, de conducta o de organización individual o colectiva, son diferentes para cada una de las épocas históricas, de conformidad a las necesidades prácticas y concretas que las caracterizan.

Montaigne no se preocupó por sistematizar doctrinas o principios filosóficos o sociales. Todo su esfuerzo y toda su obra fueron un solo empeño por conocerse a sí mismo y lograr así el conocimiento del hombre, en general; sabía las dificultades y contradicciones a que se enfrentaría, pues desde el primer capítulo de sus "Ensayos", confiesa "que el hombre es cosa pasmosamente vana, variable y ondeante, y que es bien difícil fundamentar sobre él juicio constante y uniforme". Gran lección que ha abierto caminos, no sólo hacia nuestro conocimiento, sino al de los hombres en general. Conocimiento útil para la tarea del escritor. Recuerdo, respecto de las últimas palabras citadas, haberlas asociado con el poema de Barba Jacob, titulado "Canción de la vida profunda", en que se reitera, con numerosos epítetos, la multiplicidad de aspectos que nos caracteriza: móviles, fértiles, sórdidos, plácidos, lúbricos, lúgubres. El deseo de volver a leer esa Canción, con motivo de lo dicho, constituyó sorpresa y confirmación, pues había olvidado su epígrafe que dice: "El hombre es cosa vana, variable y ondeante" (Montaigne).

Su pensamiento corre espontáneo y libre, con capricho de viento que recoge y esparce gérmenes y semillas o palabras y conceptos que nos explican y que nos fecundan.

Aun cuando confiesa que no tiene pretensión de que su libro tenga unidad, ésta es notable por la relación de todos sus temas con un objeto común, primordial, como es la naturaleza del hombre, naturaleza estudiada mediante el enfoque de sí mismo, como ejemplo de humanidad múltiple, variable e inconstante. Con insaciable curiosidad observa, en él, al hombre medió que es materia maleable en manos de la naturaleza, las costumbres y las circunstancias. Se hace evidente que por la razón sólo podemos obtener verdades relativas. Nos hallamos en un laberinto de probabilidades.

Es cosa vana, el esforzamos en intentar reformas del mundo, de la sociedad, de los gobiernos. Con resignación placentera, con alegre ánimo, debemos resignarnos a la vida y a la muerte, tales como son: un todo, en sí, natural, irremediable y pasajero.

Gide advierte que algunos, como Pascal y Kant, intentan ver en Montaigne, un cristiano; otros, como Emerson, un parangón del escepticismo; otros, un precursor de Voltaire; Saint-Beuve, llegaba a ver en los "Ensayos" una especie de preparación, de antecámara, de la "Ética" de Espinosa.

No disimulaba las dificultades de la reflexión interior: "Es una empresa espinosa la de seguir un giro tan caprichoso como el de nuestro espíritu, la de penetrar en las profundidades opacas de estos repliegues internos, la de escoger y detener tantos aires menudos de sus agitaciones". "El alma es tocada muy ligeramente y como lamida por las impresiones suaves de los sentidos".

Justo es considerarlo inspirador de la psicología introspectiva, del análisis del yo, mediante la observación interior que constituye un principio de filosofía provechosa para el conocimiento de la naturaleza humana.

Emilio Faguet se muestra amigo comprensible de Montaigne. Lo muestra como juez equitativo del hombre, valorando las circunstancias y aplicándole lo que ahora se llama la teoría del medio. Nos muestra el encanto del autor que escribe para distraerse, por divertirse. Sostiene, contra la mayoría de los comentaristas, que su escepticismo es una leyenda. Que duda, es cierto, pero rechaza perjuicios y supersticiones y tiene sólidos principios y creencias. En especial, cree y venera la justicia, emanada de la Ley natural, no sin reservas, en cuanto a la ley positiva, creada por sociedades y gobiernos. Defiende la tolerancia y, en especial, la verdad, como don fundamental de la virtud y garantía de integridad personal.

Es oportuno y, aún, indispensable, aceptar la actualidad de los "Ensayos" que no deja de advertirse en el mundo contemporáneo. Como en tiempos de Montaigne, ellos nos ayudan a conocernos mejor, a ordenar las actividades y las aficiones de nuestra vida y a comprender mejor el mecanismo y las funciones de nuestro pensamiento.

Es cierto, que por algunos aspectos, han perdido algo de novedad por haberse tornado más comunes algunas de las ideas que los sostienen, como el espíritu que los anima. Pero lo que permanece actual, con éxito renovado, según la aceptación y el aplauso de cada nuevo lector, es el valor indiscutible de su estilo. Más aún, creo que a partir del siglo XIX, la libertad de expresión y de composición han encontrado mayor aceptación, como arte liberado e individual, que en los siglos anteriores. Su originalidad ha llegado a ser más aceptada y mejor comprendida.

Es sabido que el ensayo, como género creado y cultivado por Montaigne, ha cobrado actualidad y auge en nuestro tiempo. Con validez mayor, no obstante, como obra de arte que como obra de pensamiento. Los "Ensayos" sobreviven a su tiempo y han ejercido considerable influencia en los siglos siguientes, especialmente en el XVII y en el XX en que el hombre y su compleja psicología han sido tema preponderante. No es extraño que esas páginas de Montaigne, en que se halla el prolijo examen del hombre, a través de su propia personalidad, haya recibido aceptación y aplauso en nuestro tiempo.

Ya Bacon, Descartes y Pascal, siguen a Montaigne, desde un punto de vista escéptico

en cuanto a la imposibilidad de llegar al conocimiento de la naturaleza humana por los caminos seguidos hasta entonces. Se ha dicho, con razón, que la obra iniciada por los "Ensayos" aún no ha terminado. Se continúa entre nosotros.

Montaigne tuvo perspicacia especial para destacar, entre las preocupaciones de su tiempo, aquellas que, luego, podían interesar a las gentes de nuestros días.

Es oportuno recordar lo dicho por Emerson: "Contad las palabras de Montaigne, ellas sangrarán: son vasculares y vivientes". Lo dicho por Montesquieu: "En la mayor parte de los autores, veo al autor que escribe, en Montaigne al hombre que piensa". Lo dicho por Compayré: "Pensando que aún en prosa se puede ser poeta, ha sido colocado Montaigne entre los cuatro grandes poetas, con Platón, Malebranche y Shaftesbury".

No en vano, Montaigne hizo en la "Apología" la crítica de los medios de conocimiento, mediante la reflexión sobre las condiciones en que el ejercicio de la razón es legítimo. De ahí su influencia, también, sobre el pensamiento de los tiempos siguientes que encontraron, en él, manantial fecundante para muchas de sus ideas. Aún en el siglo XVIII, los herederos de un cartesianismo renovado hallaron un arma crítica para su lucha contra las instituciones y contra las pretensiones del espíritu humano.

Lo referente a la muerte, en los "Ensayos", a más de su importancia, es de actualidad ya que es preocupación y tema frecuente en la filosofía, la literatura y el arte de nuestro tiempo.

Montaigne exclama: "Que mi espíritu verdée, que florezca, si puede, como un brote sobre un árbol muerto..." y, a la vez, confiesa, melancólicamente, que la vejez "nos pone más arrugas en el espíritu que en el rostro". Pero no le tenía temor a la muerte. Ella, decía, "no es la finalidad sino el fin de la vida", "El último acto de la comedia". No obstante, el pensamiento de la muerte se le presenta como una obsesión que lo domina. En lo cual su pensamiento se actualiza dentro del auge de nuevas corrientes, como el existencialismo.

Quiere acostumbrarse al paso final sin conmoverse. "...quizá la muerte no valga la pena que me tomo, ni tantos preparativos como hago, ni tantos socorros como pido y reúno para sostener el esfuerzo. Yo puedo desalojar, cuando Dios quiera, sin lamentar cosa alguna".

Pascal le reprochaba obra como un pagano. Consideraba horribles sus pensamientos sobre la muerte; en ellos jamás aparece reflexión alguna sobre el más allá. Se ha dudado de que Montaigne tuviera fé. Sin embargo, Pascal hubiera firmado con entusiasmo, las siguientes palabras de los "Ensayos": ¡Qué cosa más villana y abyecta es el hombre si no se eleva por encima de la humanidad! Y se elevará si Él le presta extraordinariamente su asistencia".

Recuerdo que la conclusión escéptica de sus especulaciones intelectuales es semejante a la de Sócrates, pero en forma interrogativa: "¿Qué sé yo?"

Por último, sobre este libro tan sociable, fácil, amistoso, animado, culto, juguetón y sabio sin severidad, repito, con la autoridad de Etienne: "En él las palabras son amor. He aquí el mejor estilo del mundo; nadie escribe mejor que Montaigne.

LORENZO DE MONTAIGNI

del mundo de la cultura económica



MONTAIGNE

REXROTH, BARTRA, POR GÓMEZ ROBLED,
BRADING Y CASTANON HAYDEN WHITE: METAHISTORIA
MICHAEL WALZER: BREVE HISTORIA DE LAS VACACIONES
LUC FERRY: LAS OLEADAS DE LA MODERNIDAD
LEO STRAUSS: TUCIDIDES

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 255 4 000 PESOS



700 AUSTRALES

100 PESETAS

MARZO

1992

“El buen salvaje”

José Prat-García

El Señor de Montaña, como le llamaba nuestro Quevedo, tiene destacado lugar en la historia literaria del Nuevo Mundo gracias al XXX de sus muy famosos “Ensayos”.

El tema que suele denominarse el “buen salvaje” cobra positiva fuerza en ese espléndido e irónico ensayo que lleva por título “De los caníbales”, salpicado, como es natural en un escritor del siglo XVI, de citas clásicas: Lucrecio y Virgilio, Horacio y Propertio, Plutarco y Séneca entre otros latinos o griegos.

Los griegos, nos viene a decir Montaigne, llamaban despectivamente “bárbaros” a los que no eran griegos o hablasen lengua griega, pero no faltaron griegos que más allá de sus tierras encontraran pueblos que pudieran parangonarse con ellos. Y así, nos cuenta Montaigne, el gran guerrero Pirro advirtió enseguida en sus adversarios bárbaros tanta buena estrategia y disciplina bélica como las falanges de Jenofonte o Alejandro.

Algo así le ocurrió al propio Montaigne, según él nos dice, al conversar con un viajero amigo suyo que había vivido algún tiempo en tierras del Brasil en la “Francia antártica”, como se llamó a un efímero establecimiento costero de los franceses por los años de 1556 a 1562. Maravillado quedó con aquellos relatos que le mostraban cómo la “Edad Dorada” de los escritores clásicos existía verdaderamente en una parte del mundo, para ejemplo de los países que se consideraban más civilizados.



La imagen paradisiaca del Nuevo Mundo aparece ya en el "Diario de Navegación" de Colón con la descripción de paisajes y clima que le recuerdan el "abril de Andalucía". Adquiere universal prestigio con las descripciones de Tomás Moro, en su "Utopía" y encuentra notable confirmación y con empeños de la más noble caridad cristiana en D. Vasco de Quiroga, el jurista castellano, nacido en Madrigal de las Altas Torres, fundador de comunidades "utópicas" en México a mediados del siglo XVI.

D. Vasco, que dejó la magistratura por la Iglesia, y fué Obispo de Michoacán, veía también el renacimiento de la Edad Dorada, tal como la describió Luciano de Samosata, en aquellas gentes que viven con la sencillez de la naturaleza, llenos de mansedumbre, humildad, y libertad de ánimo, sin soberbia ni ambición. Como a "blanda cera" debemos darles cuanto quisieren, y si lo desean, ser adoctrinados con los beneficios de la Fe cristiana.

D. Vasco ha leído cuidadosamente la "Utopía o el mejor estado de la República" de Tomás Moro, quien pocos años antes de llegar a Nueva España D. Vasco, canciller de Inglaterra, fué decapitado en 1535 por el rey Enrique VIII. D. Vasco advierte que aquellos ingenuos naturales merecen vivir en el "Mejor Estado de la República" descrito por Moro y aplica sus descripciones a las gentes naturales de México, en especial a las de Michoacán, como antes había hecho cerca de la capital de Nueva España, son sus "Hospitales" de Indios, pequeñas repúblicas "utópicas" que tan honda huella han dejado en los pueblos de aquella región.

No parece que Montaigne conociera la doctrina y la obra de D. Vasco de Quiroga pero no es dudoso que leyó el libro de Tomás Moro, con el que tiene significativas coincidencias y analogías.

Por ejemplo: uno y otro sitúan esos lugares de la Edad Dorada en las Indias Occidentales; tienen conocimiento de ellos por viajeros procedentes de esos lugares donde han residido entre los naturales y convivido con ellos; así mismo Moro y Montaigne ven cómo son generosa realidad las descripciones de los poetas griegos y latinos y señalan el contraste entre esa vida idílica y honesta con las injusticias y defectos de nuestro mundo, para censurar con ingeniosa ironía estas lamentables realidades. Como decía Quevedo en el prólogo de la traducción castellana de la "Utopía": imaginaron un estado justo para censurar al que padecen.

En el Ensayo de Montaigne un viajero tosco y sencillo que ha vivido en la "Francia antártica" le informa del vivir de aquellas gentes bárbaras tan alejadas del artificio de los civilizados europeos, probando que la Naturaleza es superior al Arte, con cita de un verso de Propertio enamorado del dulce e insuperable canto de los pájaros. Viven en la pureza e ingenuidad más completa. Desconocen la mentira, la traición, la avaricia, la difamación... su tierra es fértil, el clima templado, abundan frutos, pescados y las carnes más diversas y sabrosas... Se levantan con el sol y escuchan a los ancianos que les aconsejan en sus pláticas ser valerosos contra los enemigos que traten de invadirlos y saber estimar a los mejores. Comen tan pronto se levantan con alimentos sencillos. Beben un agradable brevaje de raíces que las mujeres elaboran y mantienen todo el día con temperatura templada. Odian a los caballos. Dieron muerte al primero y único individuo que se atrevió a aparecer con este animal.

Creen en la inmortalidad del alma y en el premio y castigo eternos. Tratan con

generosidad al enemigo vencido que es siempre el montañés del oeste, pero después lo descuartizan y lo reparten en comidas rituales.

Son excelentes poetas y cantores. Al lado de sus cantos guerreros hay otros de poesía idílica al modo de Anacreonte.

Tres de estos buenos salvajes visitaron Francia y fueron recibidos por el joven rey Carlos IX en la ciudad de Ruán, en medio de la mayor pompa cortesana. Preguntados después sobre qué cosas les habían sorprendido más, respondieron que haber visto como hombres barbudos y corpulentos (sin duda la Guardia Suiza) se sometían a un rey niño en vez de que ocurriera lo contrario; y también que mientras había gentes copiosamente alimentadas y hartos de tanta comodidad, había otras muchas que mendigaban demacradas y hambrientas.

Montaigne admira a esos hombres bárbaros, sencillos y rudos, aunque concluye irónicamente que no es posible tal admiración ya que no usan calzas.

Sutil burla de la artificiosa elegancia de moda en las cortes cifrándola en las calzas que aparecen al fin de aquella época en una deliciosa comedia de Moreto: "Don Gil de las calzas verdes".

Utopía e ironía es igual a la humanidad esencial... así sentía aquel admirable hombre del Renacimiento que fué Miguel de Montaigne.

AU LECTEUR

C'est ici un livre de bonne foi, lecteur. Il t'avertit dès l'entrée, que je ne m'y suis proposé aucune fin, que domestique et privée. Je n'y ai eu nulle considération de ton service, ni de ma gloire. Mes forces ne sont pas capables d'un tel dessein. Je l'ai voué à la commodité particulière de mes parents et amis : à ce que m'ayant perdu (ce qu'ils ont à faire bientôt) ils y puissent retrouver aucuns traits de mes conditions et humeurs, et que par ce moyen ils nourrissent plus entière et plus vive, la connaissance qu'ils ont eue de moi. Si c'eût été pour rechercher la faveur du monde, je me fusse mieux paré et me présenterais en une marche étudiée. Je veux qu'on m'y voie en ma façon simple, naturelle et ordinaire, sans contention et artifice : car c'est moi que je peins. Mes défauts s'y liront au vif, et ma forme naïve, autant que la révérence publique me l'a permis. Que si j'eusse été entre ces nations qu'on dit vivre encore sous la douce liberté des premières lois de nature, je t'assure que je m'y fusse très volontiers peint tout entier, et tout nu. Ainsi, lecteur, je suis moi-même la matière de mon livre : ce n'est pas raison que tu emploies ton loisir en un sujet si frivole et si vain. Adieu donc; de Montaigne, ce premier de mars mil cinq cent quatre-vingt.

El “Nuevo Mundo”

Jean-Claude Arnould

Michel de Montaigne, nacido en Bordeaux en 1533, de una familia de magistrados, siguiendo las huellas de su padre, comienza una carrera de magistrado. A la edad de 38 años, “cansado desde hace tiempo de la esclavitud de la Corte, del Parlamento y de los cargos públicos”, se retira a sus dominios a “descansar en el seno de las vírgenes doctas (las Musas) en calma y seguridad”. Se consagra desde entonces a la lectura, a la meditación, y a la escritura de su obra. Sólo dejará sus dominios para hacer un viaje de un año a Italia, luego para cumplir en dos ocasiones el cargo de alcalde de Bordeaux, requerido por el rey Enrique III. Los dos primeros libros de los *Essais* aparecen en 1580, y Montaigne añade un tercer libro en 1588.

Su documentación sobre el Nuevo Mundo es de bastante calidad: utiliza las obras de Thevet y de Léry, así como las cosmografías. Utiliza igualmente la *Historia general de las Indias* de López de Gomara en su traducción francesa de 1584 (París), pero sobre todo, para su crítica de la colonización, la *Historia nueva del Nuevo Mundo* de Benzoni en su traducción francesa de 1579 (Lyon), y quizás la obra de Las Casas. El anticipa más aún el método etnográfico: multiplica las encuestas orales a los marineros que regresan de América a Bordeaux, se entrevista en 1562 en Rouen con los indios Tupinamba, traídos a Francia en la expedición de Villegagnon y presentados al rey Carlos IX, y tiene un servidor que ha vivido una decena de años con los Tupinamba, cuyo pan Montaigne ha degustado. Este testimonio es precioso para el puesto que “Este hombre... era hombre simple y ordinario, condición propia para hacer verdadero este testimonio: puesto que la gente fina observa más cuidadosamente y muchas más cosas, pero las interpreta, y para hacer valer su interpretación y persuadir a los otros, no puede evitar alterar un poco la historia: nunca representa las cosas de una



manera pura, las inclina y las enmascara según la cara que ha visto de ellas; y para dar crédito a su juicio y atraer, de buena gana aumenta la materia, la alarga y la amplifica. / Cet homme estoit homme simple et grossier, qui est une condition propre a rendre veritable tesmoignage: car les fines gens remarquent bien plus curieusement et plus de choses, mais ils les glosent; et, pour faire valoir leur interpretation et la persuader, ils ne se peuvent garder d'alterer un peu l'Histoire: ils ne vous representent jamais les choses pures, ils les inclinent et masquent selon le visage qu'ils leur ont veu; et, pour donner credit a leur jugement et vous y attirer, prestant volontiers de ce costé là à la matiere, l'alongent et l'amplifient.

La cualidad de esta información permite a Montaigne describir de manera muy detallada el modo de vida de esos indígenas. Más escaso, aún, considera sus cantos con respeto y aún con admiración: "no hay nada de bárbaro en esta imaginación sino... ella es completamente anacreóntica. Su lenguaje, por lo demás, es un dulce lenguaje de sonido agradable, parecido a las terminaciones griegas. / ...il n'y a rien de barbarie en cette imagination, mais... elle est tout à fait Anacreontique. Leur langage, au demeurant, c'est un doux langage et qui a le son agreable, retirant aux terminaisons Grecques".

Para Montaigne, el viaje es sobre todo una escuela de relativismo, y es curioso constatar en el *Journal de voyage* que ha escrito, su ceguera con respecto a los paisajes, y al contrario su extrema atención por las obras humanas y el comportamiento, las costumbres, las instituciones de los extranjeros que encuentra. Por eso América es interesante, porque posibilita un cuestionamiento. "Tolomeo, que ha sido un gran personaje, había establecido los límites de nuestro mundo; todos los filósofos antiguos creían tener la medida del mundo... era una herejía decir que existían antípodas; ¡en nuestro siglo un tamaño infinito de tierra firme, no una isla o un lugar particular, sino una parte igual aproximadamente en tamaño a aquella que conocemos, acaba de ser descubierta! Los geógrafos de nuestra época no dudan en asegurar que ahora todo ha sido descubierto y que ya hemos visto todo./ Ptolemeus, qui a été un grand personnage, avoit estably les bornes de notre monde; tous les philosophes anciens ont pensé en tenir la mesure... c'estoit heresie d'avouer des Antipodes; voila de nostre siecle une grandeur infinie de terre ferme, non pas une isle ou une contrée particuliere, mais une partie esgale à peu pres en grandeur à celle que nous cognoissions, qui vient d'estre decouverte. Les Geographes de ce temps ne faillent pas d'asseurer que meshuy tout est trouvé et que tout est veu..." El cuestionamiento no se limita solamente a los conocimientos establecidos, sino que tiene que ver con la presunción del hombre que, habiendo alcanzado un cierto estadio de conocimiento, cree detentar la totalidad de la verdad. La lección que se nos da aquí es una lección de relativismo, de duda científica y de modestia: "Temo que tengamos los ojos más grandes que el vientre y más curiosidad que capacidad. Abarcamos todo pero no atrapamos sino viento. / J'ay peur que nous ayons les yeux plus grands que le ventre, et plus de curiosité que nous n'avons de capacité. Nous embrassons tout, mais nous n'etreignons que du vent". Este cuestionamiento llevará a Montaigne a poner en cuestión la relación entre Viejo y Nuevo Mundo tal como se concibe en su tiempo, en este texto en el cual celebra las civilizaciones americanas y condena fuertemente la conquista.

De la misma manera, el encuentro con los caníbales es decisivo. Montaigne ha rechazado el humanismo estóico porque era contrario a la naturaleza, porque alejaba el hombre de la naturaleza, exigiéndole el vencimiento de las pulsiones naturales y creyendo equivocadamente que puede y debe hacerlo. Entonces, Montaigne va a ver

en los caníbales un medio de despreciar el artificio y de mostrar la dignidad de la naturaleza humana. No hay nada de salvaje y bárbaro en esos pueblos, dice, excepto para nuestros ojos extraviados que no reconocen la perfección sino en lo que está conforme con nosotros mismos. Según Montaigne los términos han sido invertidos y es lo que llamamos civilización la que es la verdadera barbarie. Sus caníbales tienen muchas cualidades que no son específicamente naturales: la temperancia, la justicia, el buen sentido, y sobre todo el coraje. Pero el rasgo común a todos es una obediencia filial a la naturaleza. Se contentan con aceptar sus liberalidades y con satisfacer sus propias necesidades inmediatas. Poseen la verdadera sabiduría que conduce a la felicidad.

El encuentro con los caníbales ofrece una perspectiva totalmente nueva: el descubrimiento del Otro nos vuelve a nosotros mismos Otros, construyendo sobre nosotros una mirada exterior. Montaigne cuenta que cuando se les preguntaba que era lo que los había más impresionado en Francia, respondieron que fue el haber visto hombres adultos obedecer a un niño (habían visto al rey Carlos IX, de doce años de edad, rodeado de sus guardias). ¿No sería más bien -dijeron ellos- a uno de entre los guardias que se debería confiar la misión de ser jefe? Su otro motivo de sorpresa fue el ver tantos hombres empapados de riquezas mientras que a su lado sus "mitades" -y Montaigne precisa que era así como nombraban los hombres en su lengua-, morían de hambre. Montaigne utiliza aquí América en una perspectiva crítica -digamos subversiva- próxima a aquella que adoptaran dos siglos más tarde Montesquieu en *les Lettres persanes* (publicadas anónimamente en 1721) o Voltaire en su cuento *L'ingénu*, en el cual el héroe es un Iroqués (1767).

El encuentro con los caníbales se termina con una comparación y la mirada del Otro va a funcionar de nuevo de manera crítica: esos comedores de hombres, que obedecen a ciertos ritos, son más respetuosos de la humanidad que los acreedores que devoran a sus deudores hasta volverlos hambrientos, o que los jueces que hacen torturar a sus acusados o que los Franceses que hacen devorar su vecino por sus perros so-pretexo que él no tiene la misma religión que ellos. Los criterios de clasificación en la escala de la civilización han sido entonces invertidos y nosotros somos los verdaderos salvajes. Y Montaigne terminará esta reflexión con una nota irónica: en el fondo, nada le podemos reprochar a esos salvajes, excepto el hecho de que sean diferentes a nosotros.



(Castillo de Montaigne en 1855).

CHATEAU DE MONTAIGNE EN 1855. Peintre: J. B. 1855.
Dessin au crayon noir signé (collection Joseph Sabat-Martin)

(Plan de M. Pignatari)

400 años de actualidad (*)

Belisario Betancur

"La filosofía es el encuentro del pensamiento y la historia". Nicholas Tenzer.

Se escribe que un ejemplar de su obra figura entre las muy pocas que guardaba Shakespeare (hoy está en el Museo Británico, firmada por el poeta inglés y por Ben Jonson). Grandes pensadores y escritores lo han tenido como autor de cabecera. Ralph Waldo Emerson dice de él en *Hombres representativos*: Montaigne es el escritor más franco y honrado entre todos los escritores. Su francesa libertad de espíritu raya en la rudeza; pero se ha adelantado a toda censura por la franqueza de sus propias opiniones... Y aunque su llaneza bíblica, unida a una ligereza nada canónica, pueda cerrar sus páginas para ciertos lectores sensibles, con todo la ofensa que causa es superficial. El se jacta de ello; y le da mucha importancia; nadie podría pensar o decir de él, peor de como él piensa y dice de sí mismo. Presume de tener casi todos los vicios, y si en él hay alguna virtud, dice que se ha introducido furtivamente... Y agrega: "... Ha habido hombres de más profunda intuición; pero bien puede decirse que no ha existido jamás un hombre con tal abundancia de pensamientos...".

Si, este fue don Miguel Eyquem de Montaigne, escéptico magistral, muerto en su castillo el 13 de septiembre de 1592; es decir, hace 400 años; tiempo largo para una influencia tan callada y enorme en la vida intelectual de Occidente.

Estamos ante alguien cuyo hondo prestigio y actualidad igualan, si es que no superan la fama antigua y venerable de un Sócrates, un Aristóteles, un Platón. Otros filósofos han pasado de moda, revaluados, estudiados sólo en santuarios académicos, sin que su vulnerabilidad disminuya su venerabilidad como precursores o como continuadores. Don Miguel se revaluó él mismo y por eso sigue siendo contemporáneo.

(*) "El Tiempo",
31/VIII/92 (p. 5-A)

Hubo quienes pasaban por alto a Montaigne, también quienes decían que porque estaba en el *Índice* no debía ser leído. Tuvimos que encontrarlo solos. Y ¡qué descubrimiento! La primera idea -abrumadora- que saca a la superficie el ensayista de Perigord ("si no podemos conocernos, ¿qué podemos conocer?"), es la de que no sabemos pensar, no sabemos mirar hacia nosotros mismos ni, desde luego, a lo que nos rodea, sea entorno físico o historia.

Y empiezan los consejos discretos, con ejemplos, con citas y, sobre todo, con un espíritu imponente de autocrítica. Como lo señalaba Emerson y lo destaca su mejor biógrafo, el profesor Donald D. Frame, analiza los problemas a partir de sí mismo, casi sobre sus propios despojos, sin hacer la menor concesión. No otra cosa puede esperarse de quien siempre tomó distancia frente a los espejismos de la vida cortesana, parlamentaria, política y aún matrimonial.

Montaigne fue un hombre auténticamente libre, y esto se ponía de presente en la inscripción que presidía su casa: "¿Qué sé yo?", lo mismo que en el itinerario de sus ideas, siempre castigadas y refinadas, nunca producto de la que consideraba "moral esclava". Tal libertad le permitió estar por encima de las ferales guerras religiosas de su tiempo, y recibir por igual, sin precauciones, a gentes de los distintos bandos, que le profesaban inmenso respeto.

¡Cuánto podría servir la lectura de los *Ensayos* de Montaigne, "el libro menos escrito" como por su claridad, lo califica Emerson: enseñaría a poner en su sitio tanta vanidad, tanta inmadurez, tanto prurito de improvisar, tanto egoísmo, tanto desprecio a la opinión de los demás.

Algo de Montaigne:

- Pues es incierto el lugar en que la muerte nos aguarda, esperémosla por doquier.
- La utilidad de vivir no consiste en el espacio sino en el uso de la vida, y hay quien vive largo tiempo y ha vivido poco.
- Morimos, no de enfermedad sino de estar vivos.
- No tengo autoridad para que me crean, ni lo intento, ya que me noto harto mal instruido para instruir a los demás.
- Me gustaría que se procurase buscar a vuestro hijo un profesor que tuviese la cabeza antes bien puesta que bien atestada... Es usual verternos cosas en los oídos como quien vierte en un embudo, y el cargo de maestro suele consistir en repetir lo que ya se nos ha dicho... No pida el profesor cuenta de las palabras y la lección, sino de su sentido... "Quien a otro sigue no tiene nada ni encuentra nada.
- Nada hay tan seguro de sí mismo como un mal poeta. (Cita de Marcial).
- Porque la posteridad me alabe, no será más liviana la piedra que cubra mis huesos. No por ello mis restos, mi túmulo o mi pira se coronarán de violetas. (Cita de Persio).

Mi gran maestro (*)

Alvaro Mutis

Mi gran maestro... mi gran compañía... Nunca me abandona, junto con Miguel de Cervantes... ¡Ah... Michel de Montaigne! Aprecio todo en él: su escepticismo sobre el hombre, su escepticismo sobre las promesas de los hombres, su amor por la naturaleza, su fidelidad y su amor por los amigos... El elogio que hace de la amistad y su filosofía de la vida me parecen esenciales. Para mí sus Ensayos han sido formativos.

Si alguien me preguntara: ¿a quién le debo lo que soy, lo poco que soy...? le respondería que de todas maneras si algo hay salvable en mí se lo debo a Montaigne.

Mientras viva el hombre, la obra de Montaigne tendrá vigencia.

(*) De conversación sostenida con C.E.R., en la librería Biblos, Bogotá, 1992.



Páginas que sonrían (*)

Jaime Mejía-Duque

¿En qué momento y bajo qué circunstancias se encontró usted con los "Ensayos" de Montaigne?

Por fortuna, creo, ese encuentro -memorable en la vida de los intelectuales en el mundo entero durante los últimos cuatrocientos años (en efecto, en 1992 estamos celebrando cuatro siglos de su muerte, ocurrida cuando contaba 59 años de edad)-; por fortuna, digo, "descubrí" los celebérrimos "Ensayos" después de haber recorrido un largo camino de por lo menos diez años, desde los 15 hasta los 24-25, como lector del género. Habría que ponderar: del Gran Género, tan fecundo al menos como los demás géneros literarios en el proceso de la cultura moderna.

En efecto, yo conocía ya, antes de cumplir los 24, a ensayistas latinoamericanos tales como Rodó, Martí, Sarmiento, Ingenieros, Korn, Montalvo, Reyes, Vasconcelos, González Prada, Blanco Fombona, Henríquez Ureña, Carlos Arturo Torres, Sanín Cano, Mariátegui, Ponce.... Al norteamericano Emerson y al inglés Carlyle; a Ortega y Gasset y su grupo de la Revista de Occidente, por supuesto. Tampoco debo eludir nombrar en esta larga lista de mis lecturas ensayísticas de entonces a Hipólito Taine, cuyos ensayos históricoliterarios y cuya *Filosofía del Arte* me dieron tanto hasta cuando descubrí el Marxismo y la Estética de Hegel.

(*) Respuesta a tres preguntas formuladas por C.E.R. a los colaboradores de esta edición.

Pues bien: pienso ahora que fué mucho mejor el que así me hubiese sucedido, puesto que pude leer a Montaigne con la necesaria formación

después de navegar hasta su desembocadura un gran río, de pronto se propone lanzarse a la exploración de su nacimiento. Entré pues en el fundador del género para cerrar una espiral de mi experiencia ensayística -como lector y como autor- y, tal vez, abrirme a otra más amplia.

En Montaigne, el Ensayo nace a manera de culto, erudito, displicente, versátil y gozoso breviario y diario intelectual y moral. Porque también es cierto que Montaigne moraliza. Auténtico *humanista*, como Erasmo, lo mismo que él, este francés del Perigord sonrío. Sus páginas sonrían casi todas, como un solo rostro de bonachón caballero, satisfecho de la vida: genuino espíritu burgués, cuando la Burguesía creaba sus nuevos valores frente al declinante feudalismo. ¿Montaigne, revolucionario?. No de un modo espectacular ni agitado, desde luego. Pero sí en lo esencial, como pensador de una nueva época.

Por entonces mi crisis personal proseguía. Amenazaba, al parecer, con hacerse crónica. Sin embargo, la verdad es que cambiaba de terreno, o de nivel. Yo escribía "de todo" y al por mayor. No era feliz, a pesar de ello, pero mi desdicha tampoco acababa de hundirme hasta el fondo. No había fondo. Daba tumbos, pero me controlaba y volvía a pararme.

En una de esas levantadas, descubrí a Montaigne...

¿Qué influencia ha tenido dicha obra en su vida intelectual?

Posiblemente su fundamental y más consistente influencia en mí -en todo mi desarrollo cultural posterior, y no sólo en lo intelectual sino también en lo ético y aún lo cotidiano-, puedo traducirla en estas palabras: me hizo presente, de una forma un tanto enigmática a la vez, que la verdadera originalidad y el verdadero coraje como escritor se dan también -debieran darse siempre- en amistoso connubio con lo cotidiano, con la realidad o la prosa de todos los días. Porque la grandeza en Montaigne no dramatiza, no gesticula, no postula excepciones: él fué lo suficientemente corrosivo sin necesidad de exaltarse. Yo pienso ahora que, cuando él murió -llamándose viejo a los 59 años-, empezaron apenas a darse cuenta de lo subversivo que había sido aquel bonachón, tan escéptico como moralista.

Hoy no moralizamos. O, al menos, no deseamos hacerlo. A nadie pretenderíamos "conducir", puesto que nuestra visión inconformista y contradictoria de la existencia -aunque a la vez optimista, en mi caso- no compagina con las ejemplaridades abstractas. Y, en concreto, tampoco hay ya ejemplaridades propiamente dichas. Montaigne me ha corroborado la urgencia de ser sencillos y lúcidos en estos tiempos de oscuridad, petulancia y pésimos manejos.

¿Cuál considera que sea la razón de la vigencia de los "Ensayos" en el mundo actual?

Sin duda, es la vigencia de los clásicos genuinos. Más allá de lo accidental y coyuntural de tales Ensayos -por ejemplo, su manía de las citas en latín, hábito de los eruditos de su época-, la penetrante sencillez de su acento personal constituye todavía algo así como un modelo no represivo, no autoritario, de lo que debiera ser una escritura consciente de su arraigo en la vida cotidiana, y sin embargo trascendente, de la cultura. Para desintoxicarse hoy de las truculencias de los lenguajes universitarios (el de los "semióticos", el de los "metodólogos", etc.), sométanse al tratamiento de unas cuantas páginas de aquel gentil burgués a quien nombraron don Miguel de Montaigne.

Bondadoso pero inflexible

Ben-Ami Scharfstein

Querido profesor Ruiz:

Gracias por la honrosa invitación para contribuir a la edición de ALEPH dedicada a conmemorar el cuarto centenario de la muerte de Montaigne. Desafortunadamente no he podido sustraer tiempo del trabajo que me ocupa en la actualidad, para dar respuesta a su preguntas en la forma que ellas se merecen. De todos modos, me veo incapaz de contestar la primera pregunta, porque no he podido recordar cuándo leí a Montaigne por primera vez. A menos que la memoria me haga trampa, siempre lo he admirado más que a cualquier otro filósofo y, al mismo tiempo, siempre lo he disfrutado como narrador, cuyas historias, penalidades y alegrías le permiten reconocerse a uno mismo. Se escucha en él, más al amigo sabio que al filósofo; a menudo, persona ésta distante que construye un sistema que nadie acepta, excepto él mismo; que impone a la vida moldes que no se ajustan a ella o que se enfada o desdén a todo el mundo, excepto a él mismo. Montaigne posee la capacidad, casi única, de tomar las cosas de la vida, exceptuando la deshonestidad y la crueldad, tal como son; es decir, dando crédito a las diferencias naturales de los seres humanos y siendo tolerante aún con sus propias incongruencias, de las cuales disfruta, aún si lo asombran. Tal como él afirma, resulta verdaderamente sobrenatural poder disfrutar de la condición exacta en que se da nuestra existencia.

Me parece que no podemos menos que adaptarnos a las modas intelectuales que nos rodean; pero, cuando nos hastiamos de ellas, tarde o temprano, lo mejor que podemos hacer es volver al viejo Montaigne que es también joven; sencillo y también complicado; bondadoso pero inflexible. Su espíritu ilustrado y descomplicado se

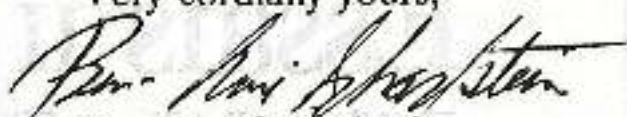


asoma por encima del hombro para sonreimos y acompañarnos.

Con respeto y los auspicios por el éxito de la edición conmemorativa de ALEPH,

Cordialmente,

Very cordially yours,



Ben-Ami Scharfstein



Montaigne

Essais II

Préface d'Albert Thibaudet

liuré bataille aux ennemis à pied sec, & les y auoit desfaictz; l'esté venu, il y gaigna contre eux encore vne bataille nauale. Sur le subiect de vestir, le Roy de la Mexique changeoit quatre fois par jour d'accoustremens, iamais ne les reiteroit, employant sa desferre à ses cōtinuelles liberalitez & recompenses: comme aussi ~~il n'avoit~~ ny pot, ny plat, ny vtenfile de sa cuisine, & de sa table ne luy estoient seruis à deux fois.

Du ieune Caton. CHAP. XXXVII.

NE n'ay point cette erreur cōmune, de juger d'autrui selon moy, & de rapporter la condition des autres hommes à la mienne. ^{En} Je croy aysement d'autrui beaucoup de choses, ^{des} ou mes forces ne peuvent atteindre. ^{de} La foiblesse que ie sens en moy, n'altere aucunement les opinions que ie dois auoir de la vertu & valeur de ceux qui le meritent. Rampant au limo de la terre, ie ne laisse pas de remarquer iusques dans les nuës la hauteur d'aucunes ames heroïques. ^{Il} C'est beaucoup pour moy d'auoir le iugement réglé, si les effets ne le peuuent estre; & maintenir, au moins cette maistres' e partie, exempte de la corruption & de ^{la} ~~de~~bauche: C'est quelque chose d'auoir la volōté bonne, quand les iambes me faillent. Ce siecle, auquel nous viuons, au moins pour nostre climat, est si plōbé, que le goust ^{de} ~~de~~ même de la vertu en est à dire & semble

folio 

Texte intégral

Chuang-tzu y Montaigne (*)

Ben-Ami Scharfstein

Miguel de Montaigne es un socio extraño pero no incompetente para Chuang-tzu. Da la impresión de haber absorbido todo el escepticismo griego, con toda su fé en la relatividad de todo juicio y de todo valor. Pero él asume la experiencia más con la avidez del amante que con la indiferencia intelectual de un escéptico griego. Con seguridad, no es por la ecuanimidad del escéptico que odia la mentira y la crueldad y practica la probidad. Pretender que la vida es algo distinto de lo que es, es inútil, afirma. Como Chuang-tzu, se niega al sentimentalismo sobre la muerte o sobre cualquier cosa; como él, es el antropólogo por naturaleza, pronto a simpatizar con una persona excéntrica, o con una costumbre exótica; y como a él, no le cabe duda de que a una verdad de moda, le sucederá otra.

Lo que aquí es especialmente relievante es la negativa de Montaigne a creer en la consistencia de los seres humanos, cuyas acciones, sostiene, no es posible explicar a partir de un principio fijo. En su ensayo "De la inconsistencia de nuestras acciones", afirma: "Para quienes acostumbran a comparar las acciones humanas, su mayor sorpresa sobreviene cuando tratan de verlas como un todo y bajo una misma luz; porque permanentemente se contradicen unas con otras, en forma tan rotunda, que parece imposible que procedan de la misma fuente". Cita el ejemplo de Nerón, un hombre extraordinariamente cruel y que, sin embargo, sufría al firmar la sentencia de un criminal condenado a muerte. Nuestra conducta y nuestras opiniones, dice, son, por naturaleza, inestables y comprenderíamos mejor a la gente si sustituimos nuestros juicios generales y coherentes con apreciaciones de detalle, separadas y específicas. Comúnmente encaminamos nuestras apetencias a la izquierda, a la derecha, hacia arriba o hacia abajo, según las circunstancias... No caminamos, somos arrastrados como objetos flo-

(*) B.A. Scharfstein. *The Dilemma of Context*. N.Y. University Press, New York and London, 1989. Traducción de: Luciano Mora Osejo (pp. 154-156).

tantes... flotamos entre diversos estados de la mente; nada queremos libremente, nada absolutamente, nada constantemente".

Si estas palabras fueran portadoras de algún reproche por tal inconsistencia, Chuang-tzu no lo aprobaría; acogería con agrado la idea de que somos transportados como objetos que flotan sin rumbo fijo.

Montaigne, en apariencia, se refiere, en primer lugar, a la inconsistencia moral, ya que, después de observar que a él lo mueven, no solamente las circunstancias externas, sino su propia "postura inestable", enumera las contradicciones que pueden encontrarse en él. Es tímido, e insolente; casto y lascivo; afable y taciturno; duro y delicado; listo pero también estúpido; lejano y comunicativo; mendaz y verídico; sabio e ignorante; generoso y miserable; pródigo. Nada hay en él que pueda afirmarse "en forma absoluta, simple y firme, sin que aparezca la confusión y el engaño".

Sin duda alguna, Chuang-tzu daría su aprobación a esta impotencia para juzgar categóricamente y encontraría en ello algo de la riqueza de la naturaleza en las oposiciones que se deslizan desprevenidamente, desatando las alternativas.

Es cierto que Montaigne se expresa con una extraña amalgama de observaciones, generalizaciones y confesiones, un poco como un ventrílocuo que busca desesperadamente la confianza, pero que no puede hablar sino a través de la boca de su maniquí. Pero avanza en su camino como el perro que traza su laberinto husmeando aquí y allí, deteniéndose únicamente donde constata que quiere ir, después de que ya ha llegado. No considera a la Filosofía como un riguroso intelectualismo; sino, ya sea como una sabiduría, digna de gran respeto, o como una poesía que por ser adulterada y extraviada, resulta despreciable. Prefiere los términos medios; pero no el renunciamiento a la emoción, ya que en la vida se armonizan los contrarios: lo dulce y lo amargo; lo bajo y lo elevado; lo leve y lo pesado, y dice al terminar y redondear sus *Ensayos* que "la perfección absoluta, virtualmente de carácter divino, consiste en disfrutar del ser tal como es" y en no buscar otras circunstancias diferentes de las que vivimos.

La narración de Chuang-tzu es aguda y penetrante; de hecho, extraña poesía; mientras que los *Ensayos* de Montaigne son refranes que se dejan caer por su propio peso... Derrida, en forma incomparable, se solaza mostrando, en el lenguaje de Chuang-tzu, que "las alternativas avanzan", que nos deslizamos de una posición o significado a otro, y que, de hecho, nuestros libros y sistemas no son consistentes y que "su formación", como diría Chuang-tzu, "es una disolución".



Pensamiento moderno

Jaime Jaramillo-Uribe

Quiero Carlos Enrique:

Atendiendo a su solicitud de hace ya unos meses y en la esperanza de que mi respuesta sea todavía oportuna, le envío esas cortas e intrascendentes opiniones sobre Montaigne, de acuerdo con su cuestionario:

1) Tomé mi primer contacto con su obra cuando como alumno de la Escuela Normal Superior, en la década de los cuarentas, tuve que tomar un curso de Historia de la Educación. Más tarde, como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional dicté un curso sobre La Pedagogía como Historia de la Cultura y en esa oportunidad me puse en contacto directo con los Ensayos del señor de Perigord, especialmente con los que dedicó al problema de la educación.

2) Su influencia sobre mi formación general ha sido muy considerable. Los Ensayos han sido una de mis lecturas favoritas. Periódicamente vuelvo sobre ellos, los leo y los releo con gran placer y provecho. Me ha fascinado siempre su pensamiento, su estilo claro, ligero, su ironía y sutil humor, su gran sentido crítico, su socratismo, sus reflexiones sobre la vida como una preparación para la muerte, su insistencia en que el fin de todo pensar es el conocimiento de sí mismo. En fin, sus sutiles críticas a la civilización europea de su tiempo, el Renacimiento, su escepticismo constructivo y su estoicismo han dejado una evidente huella en mi formación como historiador y docente de la historia.

3) Como todo lo clásico, Montaigne sigue siendo actual. Los problemas que trató pueden considerarse como eternos en el plano de la filo-



sofía. Veo más claro esto en sus reflexiones sobre la cultura de su tiempo, el siglo XVI, un siglo profundamente conflictivo, enmarcado en las crueles luchas de religión de la época. Desde este punto de vista su pensamiento será siempre un modelo para la comprensión de la condición humana. Su presencia en el pensamiento moderno es incuestionable. Hoy no cabe duda de que su obra ha tenido gran influencia en pensadores como Descartes y Pascal y esto sólo aseguraría su vigencia en el pensamiento del mundo actual.

Afectuosos saludos,

Jaime Sacumillo



MONTAIGNE

La educación (*)

Jaime Jaramillo-Urbe

De los que ya podemos considerar clásicos de la pedagogía moderna -Montaigne, Locke, Rousseau, Pestalozzi- Montaigne es tal vez el más clásico, el más perdurable, el que tiene menos escoria y conserva mayor actualidad. Es también el más original. Locke, que comparte con él no sólo la paternidad de muchos descubrimientos psicológicos y pedagógicos que conservan vigencia en nuestros días, sino el ser el teórico de la llamada educación nobiliaria inglesa siglo XVII, depende por muchos motivos del señor de Perigord. La lectura de los "Pensamientos sobre la Educación" del filósofo inglés, pone constantemente en evidencia el hecho de que fué asiduo lector del autor de los *Ensayos*. Para Francia particularmente, Montaigne ha sido el gran educador. Casi todos sus grandes espíritus -el espíritu francés en general- llevan su huella. Así ocurre, por ejemplo, con Pascal y Descartes.

Montaigne inicia una fuerte reacción contra la educación retórica y pedante que en cierto sentido fue uno de los legados de la antigüedad. Montaigne revalúa la experiencia y la observación; reacciona contra el memorismo de la enseñanza tradicional, da mayor importancia a la formación del recto juicio que al exceso de conocimientos y establece agudos y originales conceptos sobre disciplina, formación de la personalidad, y sobre muchos aspectos de la didáctica especialmente en la enseñanza de las lenguas.

(*) Jaime Jaramillo Urbe, Historia de la pedagogía como historia de la cultura, Ed. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1970, (pp. 83-92)

El gentilhomme como tipo ideal

La pedagogía de Montaigne se dirige a la formación del gentilhomme francés. El mismo pertenecía a la nobleza rural y hacía la formación

de sus congéneres se dirige. Como Locke en Inglaterra, su preocupación será formar un hombre de letras y armas, mundano, hábil para las tareas de la diplomacia y el gobierno. Su tipo ideal no será, pues, ni el profesional, ni el especialista. De ahí la importancia que concede a los viajes, al adiestramiento para las armas, al dominio de sí mismo a través de una disciplina de "endurecimiento", a la historia y a la conversación. La educación científica juega muy poco papel en su pedagogía, contrastando fuertemente en esto con Locke, cuyo "gentleman" será no sólo un hombre de armas y de letras sino de conocimientos técnicos, sobre todo jurídicos y económicos. Descubrimos en esto una de las oposiciones de más repercusión en la historia política y espiritual de los grupos nobiliarios ingleses y continentales. Al paso que el noble continental -el francés, entre otros- al venir la sociedad moderna con su técnica, su economía industrial y su mundo del trabajo, se encontró desadaptado porque conservaba el desdén nobiliario por el trabajo manual, por la economía monetaria, y al mismo tiempo su gusto por el gasto ostensible y la ausencia de todo sentido del cálculo, -en una palabra lo que Max Weber ha llamado la "racionalidad" del mundo moderno-, el noble inglés, el "gentleman", el "squire" -caballero rural- se adaptó rápidamente a las nuevas realidades conservando así su función social y su papel dirigente en la vida política y económica. El hecho de que Inglaterra no haya tenido lo que podríamos denominar clases parasitarias, ha sido decisivo para su estabilidad política, para la fuerte cohesión social que presenta la nación británica. No se encuentra en su historia el noble un poco aventurero y a veces anárquico que encontramos en Francia en personajes como Mirabeau o el duque de Orleans. En Locke se verá claramente cómo se educó éste tipo, siguiendo caminos diferentes a los del tipo nobiliario continental.

Desdén por la memoria

Montaigne colma de burlas la educación libresca, memorística y pedante. En su carta a la condesa de Gurson, sobre la educación de los hijos, dice; ¿Quién pregunta jamás a su discípulo lo que opina de la gramática o la retórica, de ésta o aquella sentencia de Cicerón? Nos las meten en la memoria pomposamente preparadas, como misteriosos oráculos cuyo poder residiese en las sílabas y en las letras. Saber de memoria no es saber: es conservar lo que se ha depositado en la memoria. Cuando sabemos la verdad de una cosa, podemos disponer de ella a nuestro antojo, sin mirar el modelo y sin volver furtivamente los ojos hacia el libro. "Donosa sabiduría una sabiduría libresca!".

"Que no le pida cuenta únicamente de las palabras de la lección -dice refiriéndose al preceptor-, sino de su íntimo sentido y substancia, y que juzgue del provecho que de ella ha sacado, no por el testimonio de su memoria, sino por el de su vida". Que para formar al discípulo se busque un preceptor *que tenga la cabeza bien hecha en lugar de bien llena* (qu'on feust soingneux de luy choisir un conducteur qui eust plustost la teste bien faicte que bien plaine). Y al terminar su ensayo, agrega: Estas son mis lecciones. Las aprenderá quien las ponga en práctica, no quien las aprenda de memoria. Al primero si lo véis, lo oís; al segundo si lo oís, lo véis.

Viajes, experiencia, historia, mundanidad

Este primado de la experiencia sobre la enseñanza libresca y memorística, tiene en Montaigne una expresión: su interés por los viajes y por la historia. Refiriéndose a las condiciones que debe tener un gentilhomme bien educado, dice: Para este aprendizaje, todo lo que se presenta a nuestra vista sirve de texto: la malicia de un paje, la necedad de un lacayo, una conversación de sobremesa, son temas diversos ofrecidos a nuestro

estudio. Sirve para esto, de portentosa manera, el trato de las gentes y los viajes por tierras extrañas. No para decir a la vuelta, como lo hacen los nobles de Francia, los pasos que tiene la Santa Rotonda a la primorosa riqueza de las galas de la Signora Silvia, o bien para probarnos, como hacen otros, que el rostro de Nerón, en tal ruina de tal país, es más largo o más ancho que el de una determinada medalla, sino para traer de esas naciones las costumbres y maneras peculiares, *para frotar y limar nuestra mollera con la de los extranjeros*".

Refiriéndose al método y tines de la enseñanza de la historia, dice en el mismo ensayo sobre la educación de los hijos -carta a la condesa de Gurson-: En el trato de los hombres incluyo y cuento en primer lugar aquellos que viven en las páginas de los libros... Pero que no se quiera grabar en la memoria del discípulo la fecha de la destrucción de Cartago, sino las costumbres de Aníbal o Escipión; ni el lugar donde murió Marcelo, sino porque fué contrario a sus deberes que muriese allí precisamente. No se afane mucho en retener historias como en juzgarlas. Según mi opinión, no hay ninguna otra materia a la que más diversamente se apliquen nuestras dificultades y potencias.

El hombre bien educado, debe saber vivir en sociedad. La "mundanidad" es condición esencial de la formación del gentilhomme. Es virtud característica del hombre discreto, adiestrado para la política, el mando o la diplomacia, sólo ella forma el conocedor de hombres: "Cuando esté en una reunión se le ha de advertir que dirija sus miradas a todos los lados, porque encuentro que los hombres más incapaces son los poseedores de los primeros puestos". "Sondeará el alcance de cada cual, ya sea un boyero, un alarife, un transeúnte, porque de todos hemos de ocuparnos y tomarlos conforme a lo que nos traigan, pues todo se aprovecha en nuestra economía". "En la escuela del trato con los hombres he notado repetidas veces un mismo vicio: que ponemos más diligencia en hacernos conocer que en conocer a los demás, estando más ganosos de colocar nuestra mercancía que de adquirir las ajenas. La modestia y el silencio son ventajosas cualidades de la conversación".

Disciplina de endurecimiento

Montaigne, buen lector de los griegos, frugal miembro de la pequeña nobleza rural, recomienda que no sólo se endurezca el alma a base de estoicismo moral, sino que se templen también los músculos a través de una educación deportiva rigurosa. Débil físicamente, aprovechó su propia experiencia para reconocer el alto valor de la educación física: "... Si el alma no es secundada por el cuerpo, se encuentra oprimida en demasía y es ardua tarea para ella sola acudir a dos opuestos menesteres. Conozco por desgracia, el angustioso caminar de la mía, emparejada con un cuerpo tan débil y sensible, que inconsideradamente se abandona a ella; y mil veces advierto en mis lecturas, que en sus escritos mis clásicos maestros hacen valer en muchas ocasiones, como magnanimidad y presencia de ánimo, ejemplos que, en resumidas cuentas tienen mucho que ver con la dureza de la piel y la resistencia de los huesos". ¡Cuánta penetración mostraba Montaigne para analizar los posibles efectos psicológicos y morales de los defectos físicos!

Muy lejos de Montaigne se encuentra también una cierta idea del "confort" aplicado a la pedagogía. En su reacción contra una pedagogía cruel y que omitía las más elementales normas de higiene en los métodos de enseñanza y en la organización de

edificios escolares, la pedagogía moderna tal vez ha extremado la valoración de la comodidad, de lo agradable en la enseñanza, con lo cual se debilita el sentido del esfuerzo. La dificultad, el problema es el mejor acicate del espíritu; en verdad este no se desarrolla sino ante problemas. No hay carácter donde no se ha luchado. Y si hay alguna ley del desenvolvimiento espiritual tanto individual como colectivo, es ésta. Por eso degeneran las estirpes y hay tanta diferencia entre el abuelo que forjó un patrimonio o se hizo una posición política, o una gran cultura científica, y el hijo o el nieto que recibieron una pingüe herencia. Sólo pueblos de una sabiduría social excepcional han evitado este escollo. Inglaterra quizá pueda contarse entre ellos. Locke, como Montaigne, propugnará una "disciplina de endurecimiento". Oigamos al señor de Perigord: "Es preciso tolerar penosos y ásperos ejercicios para prepararse a resistir la pena y la aspereza de las dislocaciones, cólicos y cauterios, y hasta las torturas del calabozo, qué con la mudanza de los tiempos, buenos y malos están expuestos a ellos".

Enseñanza del latín

La idea que tiene Montaigne de la educación es humanista, porque se basa en el conocimiento de las dos grandes lenguas clásicas de cultura, porque no es profesional ni técnica y porque es más filológica que científico-natural. Pero a los elementos clásicos Montaigne añade los elementos sociales del gentilhomme y sobre todo nuevos métodos para llegar a darse tal formación. Es más por los métodos que por los valores que la fundamentan por lo que la pedagogía de Montaigne es original. Montaigne rechaza la enseñanza tradicional del latín y de los clásicos. Está contra el aprendizaje de memoria, sin razonamiento ni asimilación y contra la repetición inconsciente de los elementos gramaticales. Desdeña la información excesiva, formada a base de nombres superpuestos, de datos aislados aunque numerosos. En su ensayo sobre *La Pedantería*, dice: "Sabemos decir, Cicerón opina esto, Platón hacia aquello, Aristóteles dijo lo de más allá. Pero qué es lo que decimos por cuenta propia? Qué descubrimos nosotros? Tan buenas razones daría un papagayo. Sobre la erudición excesiva, en el mismo ensayo leemos esto: Preciso es (me decía a propósito de cierta persona, una joven que es la primera de nuestras princesas), preciso es que para albergar en su magín tantos y tan grandes cerebros extranjeros, tenga que enguruñarse y achicarse. Me atrevo a decir que así como hay plantas que se mueren por exceso de abono, y lámparas que se apagan por exceso de aceite, hay espíritus que se embrollan y oscurecen con el exceso de estudio y de conocimientos; porque abrumados de tanta diversidad de materias, no aciertan a desenredarlas, y la carga los fuerza a estar encorvados y encogidos".

Montaigne no discute la importancia del latín como lengua que debe conocer el hombre educado. Pero difiere de la manera tradicional de enseñarlo. Es el precursor del llamado método directo para la enseñanza de los idiomas, tan en boga en nuestros días. Este método consiste simplemente en aplicar una norma de sentido común que varios siglos de enseñanza exclusivamente formal y gramatical habían hecho olvidar, y es que, los idiomas se aprenden hablándolos. Para enseñar un idioma hay que sumergir al discípulo en la plenitud de la lengua nueva, comenzando por hablarla y por traducirla, y no por desmenuzar las partes del discurso. En otras palabras ir del todo a las partes y no a la inversa. De lo que es general a lo que es particular. De la síntesis al análisis, de lo global a lo especial. Y en las lenguas lo general (y podríamos decir lo concreto) son las proposiciones con sentido, lo que solemos llamar las frases; no los elementos de la frase. La gramática, y especialmente lo que constituye la analogía, será una culminación y no un comienzo. La enseñanza de la gramática -que es lo abstracto de

la lengua- no se desecha, pero se coloca en su punto lógico que es el fin y no el principio del aprendizaje.

Así aprendió Montaigne su latín, y así recomienda que se le estudie. No iniciándose por la repetición monótona de la declinación del sustantivo, sino entrando de lleno, si no a conversar, por lo menos a traducir los textos. En su ensayo *sobre la educación de los hijos*, cuenta su propia experiencia. No era dotado para los idiomas, pero su padre tuvo el buen sentido de ponerle un preceptor desde los cuatro años. Su preceptor no le hablaba sino en latín; por largos períodos no escuchó una palabra de francés o perigurdino y "sin artificios, sin libros, sin gramática ni reglas, sin azotes, y sin lágrimas había aprendido un latín tan puro como el de mi maestro". "En cuanto el griego, del que tengo poco conocimiento, decidí mi padre que le aprendiese según arte, pero por caminos nuevos, a manera de entrenamiento y diversión; y así, jugando a la pelota aprendí las declinaciones, como otros aprenden la geometría o la aritmética jugando al ajedrez o a las damas".

Disciplina, ambiente escolar, juego

Al hablar de la "disciplina de endurecimiento" hemos visto que Montaigne pide que se endurezca tanto el alma como los músculos. Pero endurecer el alma no es para él insensibilizarla sino templarla de acuerdo con un concepto estoico de la vida. Además, esta disciplina del esfuerzo y la penalidad, en ningún caso implica violencia en la enseñanza como era habitual en la pedagogía de su tiempo. Montaigne condena toda violencia, todo castigo corporal y censura con acritud el ambiente sombrío y desapacible de las aulas de los colegios de su época. Sus conceptos a este respecto son absolutamente actuales y no difieren de los que sobre los mismos temas posee la pedagogía moderna.

Veamos textual la frase en que al mismo tiempo que se acepta una vida severa como la mejor manera para formar el carácter, se rechaza toda disciplina violenta basada en castigos corporales: "Tal educación ha de conducirse siempre con una severa dulzura, y no a la manera que ahora se acostumbra. Lejos de nosotros la fuerza y la violencia; a mi entender nada hay que envilezca y desasosiegue tanto a un alma bien nacida. Si deseáis que sea temeroso del castigo y de la vergüenza, no le habituéis a ellos; endurecedlo y curtidlo al frío y al calor, al sol y al aire, a todas las inclemencias de las que no hemos de hacer aprecio. Quitadle toda molicié en atavíos y lecho, en comida y en bebida; acostumbradle a todo. Que no sea un lindo y adorado caballerete, sino un mancebo fuerte y vigoroso". (Ensayos: "La educación de los hijos").

De los colegios de su tiempo, dice: "Que son verdaderas prisiones, donde sufre la juventud cautiva; donde se la empuja a la disolución, castigándola por disoluta, cuando todavía no lo es". "Cuánto más decorosas estarían las aulas adornadas de ramos de flores, que no sembradas de restos de varas ensangrentadas! Allí pondría yo las imágenes del Placer, la Alegría, Flora y las Gracias, como hizo en su escuela el filósofo Stencipo. Montaigne tenía sobre el castigo corporal de dolor, ideas muy cercanas a las de la pedagogía y la psicología actuales. El castigo como sistema resulta inútil porque quien lo sufre se acostumbra a él; el resultado es entonces el más deplorable, pues, si se llega al abuso, lo más que puede conseguirse es formar una personalidad masoquista.

Educación general y no profesional o especializada

Montaigne, humanista y noble, aprecia únicamente la formación general. Toda especialización le parece una fragmentación de la personalidad. Como le preocupa la manera de llegar a educar el "gentilhombre" perfecto, mundano, apto para la política y la diplomacia, en una palabra conocedor de hombres y realidades sociales, su tipo ideal es lo contrario del profesional o el técnico en el sentido moderno. La especialización le parece indigna de una gran personalidad. En su ensayo tantas veces citado, sobre la educación de los hijos, cuenta la siguiente anécdota, muy ilustrativa: "Un día que me encaminaba a Orleans topé en la llanura, más allá de Clery, con dos licenciados que se dirigían a Burdeos y marchaban a unos cincuenta pasos uno de otro. Detrás de ellos aparecía una comitiva, con su señor a la cabeza, el cual era el conde de la Rochefoucault, que dios haya. Una de las gentes que me acompañaban se acercó a preguntar al primero de los licenciados quien era el gentilhombre que venía detrás de él, y como el tal no se había percatado de la comitiva que les seguía, creyó que le preguntaban por su compañero y respondió donosamente: No es gentilhombre, es un gramático, yo soy un lógico". Agrega, Montaigne: "nosotros, que deseamos precisamente es lo contrario del profesional o el técnico en el sentido moderno. La especialización le dejemos que pierdan aquellos el tiempo como les plazca; nuestros propósitos nos llevan por otro camino.

Finalmente, Montaigne se acerca a la llamada pedagogía del interés. En efecto, vale más suscitar el apetito de aprender, que transmitir muchos conocimientos: "Más estima Plutarco que alabemos su recto juicio que su sabiduría; prefiere vernos deseosos que dejarnos hartos". Su carta a la condesa de Gurson sobre la Educación de los hijos, termina con estas palabras: "Volviendo a nuestro discurso, nada hay como despertar la afición y el apetito; porque de otro modo sólo conseguiremos tener asnos cargados de libros; a latigazos les encomiendan para su guarda el hato de ciencia; la cual, para ser provechosa, no basta alojarla dentro de sí mismo, sino que es necesario unirse profundamente a ella en íntimo consorcio".



Pautas propias en la cultura

Gustav Siebenmann

Quiero Carlos-Enrique Ruiz

Ud. me mandó el día 8 de junio de 1992 una carta gentil invitándome a contestar a una encuesta suya referida a Montaigne. Siento mucho decirle que la carta se me traspapeló y que tanto tardé en darle ahora esta respuesta que posiblemente ya llegará tarde. De cualquier modo, ante la gentileza suya no quisiera defraudarle y le mando con urgencia estas líneas.

1) Para un estudiante de filología románica en Europa es ineludible que se encuentre tarde o temprano con los "Essais" de Montaigne. Así me aconteció a mí, cuando cursé, hacia 1946, un seminario del entonces profesor de literatura francesa en la Facultad de Letras de Zurich, Théophile Spoerri, gran entusiasta del ensayista francés.

2) Mi vida intelectual quedó influida, desde mis tiempos de estudiante, de manera ininterrumpida por los escritos de Montaigne. Opté, como él, por un individualismo aliado al agudo sentimiento de una responsabilidad social. Al mismo tiempo llegué a las conclusiones tan vaticinadoras de Montaigne en cuanto al enjuiciamiento entre las culturas. Antes de enterarme de la actualidad del famoso capítulo sobre "Les coches", dada mi condición educativa intercultural (me formé en el Perú y luego en Suiza), me dí cuenta muy pronto de que las culturas deben medirse y calibrarse con sus pautas propias y no con las ajenas, justicia necesaria en cualquier proceso intercultural que yo encontré anticipada y confirmada en Montaigne, muy a placer mío. Y la tercera lección que me entusiasmó, fue la definición -lúcida por sencilla- que da Montaigne de algo tan importante como la amistad: Uno es amigo de otro, "parce que c'était lui, parce que c'était moi".



3) La vigencia de la obra de Montaigne en el mundo actual es enorme. Basta con referirse al mencionado capítulo "Sur les coches", en donde se formulan preceptos que deberían ser tenidos en cuenta por cualquier europeo que se enfrente con el desnivel entre su mundo (con prepotencia llamado "el primero") con sociedades menos desarrolladas.

Si estas respuestas le llegan tarde, me duele, pero comprendo si no se incluyen en la edición del No. 83 de "Aleph", por culpa mía. Tómelo como gratitud por su empeño y acepte mi sentimiento de gran respeto.

289 Montaigne

Essais I

Préface d'André Gide

Essais I

Montaigne



folio

folio 

Texto integral

El destino de América (*)

Alfonso Reyes

Ya tenemos descubierta a América. ¿Qué haremos con América? Comienza la inserción del espíritu: a la Cruzada Medieval sucede la Cruzada de América. A partir de este instante, el destino de América -cualesquiera sean las contingencias y los errores de la historia- comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía. América se anuncia con fuertes toques de clarín a la mente de los más altos europeos. ¡Qué primavera de sueños! En cuanto América asoma la cabeza como la nereida en la égloga marina, la librería registra una producción casi viciosa de narraciones utópicas. Los humanistas resucitan el estilo de la novela política, a la manera de Platón, y empiezan, con los ojos puestos en el Nuevo Mundo, a idear una humanidad más dichosa. Los dogmatismos se quiebran ante el espectáculo de las nuevas costumbres. Se concibe la posibilidad de otras civilizaciones más fieles a la tierra; y el "filósofo desnudo" de Pedro Mártir prepara ya al "buen salvaje" de Rousseau, tan lleno de virtud natural como están naturalmente llenos de miel los frutos del suelo. El exotismo americano -que Chinard, Dermenghem y otros han estudiado cuidadosamente- da nueva sazón a las literaturas. A diferencia del exotismo oriental, que fue puramente pintoresco o estético, este exotismo americano lleva una intención política y moral; es decir, que la literatura quiere comprobar, con el espectáculo de América, una imagen propuesta *a priori*: la Edad de Oro de los antiguos, el estado de inocencia natural, sin querer darse por entendida de lo que había de herético en esta noción. ¿Quién, entre los más nobles maestros del pensamiento europeo, pudo escapar al deslumbramiento? Advértase la huella en Erasmo, en Tomás Moro, Rabeláis, Montaigne, el Tasso, Bacón y Tomás Campanella. Si Juan

(*) Alfonso Reyes. *El presagio de América* (cap. I de "Última Tule"). En: Páginas Escogidas, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1978. Fragmento, pp. 92-96.

Ponce de León delira por encontrar la surgente de la juventud eterna en la Florida, los filósofos piden al Nuevo Mundo un estímulo para el perfeccionamiento político de los pueblos. Tal es la verdadera tradición del Continente, en que hay el deber de insistir.

El testimonio de Montaigne es singularmente expresivo. En su alma se da el drama del Descubrimiento envuelto en aquella clara música de ideas que todavía nos conmueve. Montaigne reconoce que el solo contraste entre el Antiguo y el Nuevo Mundo lo despertó a esa comprensión para todas las doctrinas que Bacon y Shakespeare aprenderán de él, ese perdón esa caridad. Durante la juventud de Montaigne, América se iba ensanchando día por día, y la creciente gravitación de América parece irlo levantando sobre el nivel moral de su tiempo. Leía con avidez los relatos de los cronistas de Indias; y además, como funcionario de Burdeos, veía llegar y admiraba los efectos y productos de la nueva zona generosa. Un criado suyo había vivido diez años en el Brasil y le contaba las costumbres de los indígenas. Montaigne se interesaba, traduce poemas y canciones de los caníbales. Dispuesto siempre a abrir la ventana de la paradoja, se le antoja preguntarse, si, después de todo, la civilización acostumbrada no sería un inmenso desvío; *si el hombre de América,*

*el preciosamente Inca desnudo
y el de plumas vestido Mexicano*

-que diría Góngora-, no estaría más cerca del Creador; si las costumbres no tendrían tan sólo un fundamento relativo. Y acaba así por descubrir el refinamiento y el arte entre las poblaciones edénicas del Tupí-Guaraní. Es cierto, se decía Montaigne, que aquellos indígenas son caníbales, pero ¿no es peor que comerse a sus semejantes el esclavizar y consumir, como lo hace el europeo, a las nueve décimas partes de la humanidad? América tortura a sus prisioneros de guerra; pero Europa, piensa Montaigne, se permite mayores torturas en nombre de la religión y de la justicia. Y ved aquí brotar, en la mente de un europeo representativo, los prenuncios de los más avanzados y aún los más audaces puntos de vista que ofrece el espíritu moderno. El disgusto contra el error europeo se fue volviendo atmósfera. Contamina al protestantismo y al puritanismo, y mucho más al cuaquerismo, que acaba por instalarse en América. Pero, entre tanto, el catolicismo ha ensayado también sus utopías sociales en las Fundaciones mexicanas de Vasco de Quiroga, en las primeras misiones del Brasil, en el Imperio jesuítico del Paraguay.

¡Qué radiante promesa, el Nuevo Mundo, para todos los descontentos y los reformadores! Mientras los mercaderes procuraban sus lucros, los apóstoles religiosos emprendían su obra de redención, y legiones de soñadores se movilizaban hacia la esperanza. América, puede decirse sin violencia, fué querida y descubierta (casi "inventada") como campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos. Crearon, descubrieron a América los que tenían sed en el cuerpo o en el alma, los que necesitaban casas de oro para saciar su ansia de lujo, o conciencias libres donde sembrar e inculcar la idea de Dios y la idea del bien. Más tarde, América siguió siendo refugio del perseguido: ya es casa hospitalaria para religiones proscritas de hugonotes y puritanos, ya es tierra en que el ojo acusador da treguas a la regeneración de Caín.

Sobrevino la colonización europea. Durante unos siglos van a pesar sobre América los lentos procesos de la gestación, y entonces el ideal late dormido. Si la semilla cayó con el Descubrimiento, ahora, al canalizarse la energía espiritual en una admiración de

virreinos, la semilla se calienta sordamente bajo la tierra. No está muerta: al contrario. A medida que las repúblicas se emancipan, el ideal se va despojando y definiendo, y se caracteriza por su universalidad. A lo largo del siglo XIX, los más ardientes utopistas -sean espiritualistas, socialistas o comunistas- tienden hacia el Nuevo Mundo como a un lugar de promisión, donde se realice la felicidad a que todos aspiran bajo diversos nombres. Hoy por hoy, el Continente se deja abarcar en una esperanza, y se ofrece a Europa como una reserva de humanidad.

La vie

Si l'on s'en tient aux apparences, la vie de Michel de Montaigne a été celle d'un gentilhomme campagnard fêru de belles lettres...



El ideal de Montaigne (*)

Azorín

Dice usted que era un hombre jovial?

– Completamente jovial; cuando yo le serré el cráneo...

– ¿Le serró usted el cráneo?

– Lo hice como médico forense; Alejandro era uno de mis mejores amigos; éste es uno de los trances más dolorosos que me han ocurrido en la vida.

– ¿Cómo murió ese hombre?

– Murió como había vivido: sin tristezas ni dolores, sin causar pesadumbre a nadie.

– Ese era el ideal de otro hombre a quien yo estimo también mucho y que vivió hace tres o cuatro siglos: el filósofo Montaigne. Este filósofo quería morir en una posada: "Vivamos y riarnos entre nuestras gentes, y vayamos a lamentarnos y morir entre las desconocidas", decía él.

– Alejandro era uno de esos hombres que llevan una alegría absurda por donde van.

– Entre todas las alegrías, la absurda es la más alegre: es la alegría de los niños, de los labriegos y de los salvajes, es decir, de todos aquellos seres que están más cerca de la Naturaleza que nosotros. ¿Cómo era Alejandro?

– Era alto, grueso, con un cuello recio y la cabeza pequeña.

(*) Azorín. *Los Pueblos*. Ed. Losada, Biblioteca Clásica y Contemporánea, Buenos Aires, 7a. edición, 1970.

– ¿Era rico?
– Estaba bastante bien; pero se gastó toda su fortuna divirtiéndose y viajando. Cuando murió ya le quedaba muy poco: la muerte vino a tiempo.

– ¿No tenía hijos?

– Era soltero; él decía que no sentía ansias porque su nombre se perpetuase en el mundo.

– Ese es otro punto de semejanza con el filósofo que antes he citado. Este Montaigne tampoco deseaba ver perpetuada su estirpe: "Yo me consuelo fácilmente de lo que sucederá en el mundo después que yo me marche", escribía él. ¿Dice usted que Alejandro viajaba?

– Iba con frecuencia a Madrid; allí llegó a ser muy conocido. Un día entró en un café y mandó decir que todo lo que estaban tomando los concurrentes lo pagaba él. "¿Quién paga? ¿Quién paga?" -iban preguntando los parroquianos. Y entonces, él, cuando todos estaban mirándole, se subió a una mesa y comenzó a pronunciar un discurso con palabras incongruentes.

– Estaría alcoholizado.

– No, no se emborrachaba jamás; lo que le gustaba era comer bien y mucho. Esta fue la causa de su muerte.

– Murió de apoplejía?

– Sí, señor. Estábamos una noche de broma en el Casino viejo... ¿Usted no ha conocido el Casino viejo?

– No, señor.

– Desapareció hace ya muchos años. Estábamos allí una noche cenando, y Alejandro no estaba con nosotros. Todos le echábamos de menos. Pero Alejandro no podía faltar: pronto lo vimos asomar por la puerta. Entonces comenzó la alegría... Yo recuerdo que después de la cena, cuando trajeron el café, yo cogí una copa, la llené de ron y se la ofrecí a Alejandro. El la tomó y la tuvo un momento en la mano: luego se la bebió. Pero cuando apartó la copa de los labios, hizo una mueca de disgusto y me dijo estas palabras, que parece que aún estoy oyendo: "Esta copa me ha sabido a veneno".

– ¿Por qué dijo eso?

– No sé; tal vez era un presentimiento. El ron no tenía nada; todos bebimos de él... Cuando ocurría esto era la una de la noche. Yo me marché, porque me gusta madrugar. "Hasta mañana", le dije a Alejandro. "¿Vendrás por aquí?", me preguntó él. "Sí, después de comer", contesté yo. Conmigo se vinieron también tres o cuatro amigos; pero Alejandro se quedó allí con dos o tres más, que eran los más bullangueros.

– ¿Qué hacían allí?

– Charlaban y bebían. Lo que pasó después yo lo sé porque me lo ha contado

muchas veces el conserje. Alejandro, cuando asistía a estas francachelas, tenía por costumbre bailar al final una danza de su invención.

– ¿La había inventado él?

– Podía muy bien haberla inventado: era una serie de saltos y de piruetas estrofalarias. Esa noche bailó también. Los demás tocaban las palmas y cantaban, y él saltaba en medio del corro con su corpachón gordo. Pero, de repente, así que había ya bailado un gran rato, se apartó del grupo y fue a sentarse a una mesa. Ya en la mesa puso el codo sobre el mármol, apoyó la cabeza en la palma de la mano y cerró los ojos.

– ¿No les extrañó esto a los demás?

– No, de ningún modo; los demás estaban un poco bebidos; aparte de que esto de que Alejandro se pusiera a dormir después de una comilona era cosa corriente.

– ¿Y qué hicieron cuando Alejandro comenzó a dormir?

– Se marcharon. Alejandro, cuando cerró los ojos, dió unos ronquidos. “Ya está durmiendo Alejandro” -dijeron todos, y se fueron. Entonces el conserje hizo que su mujer trajera una manta y una almohada, las pusieron en el suelo y, entre los dos, cogieron a Alejandro para acostarlo. Tenga usted presente que cuando Alejandro acabó de dar los ronquidos de que he hablado antes, ya estaba muerto. El conserje me ha referido muchas veces que, cuando él y su mujer cogieron a Alejandro para acostarlo, él dijo: “¡Demonio, lo que pesa esta noche don Alejandro!...” Así pasó la noche Alejandro. Al día siguiente el conserje entró en el salón y vió que aún estaba tal como él lo dejara. “¡Don Alejandro! ¡Don Alejandro!” -le gritó. Pero Alejandro no se movía; entonces le tiró de un brazo, le tiró de una pierna y vió, horrorizado, que la pierna y el brazo estaban rígidos... Yo le hice la autopsia el mismo día; le serré el cráneo y creí que no llegaba nunca a la masa encefálica. ¡No he visto nunca unos huesos tan recios! Dentro no había más que una chispita de cerebro.

– De modo que, ¿será preciso no tener sesos para ver alegre la vida?

– Es posible...



Volver a Montaigne (*)

Ayax

Con motivo de los 400 años de su vigencia intelectual, hemos estado relejendo estos días los *Ensayos* de Montaigne. Y es grato comprobar cómo esos exquisitos textos no pierden -releídos en estas horas nuevas- su refrescante aliento espiritual. Porque Montaigne no sólo escribió para su época renacentista, sino que, acaso sin proponérselo, lo hizo con un aliento de perennidad, de inmortalidad. Y ello porque Montaigne nos enseña a vivir en función de futuro. Veamos si no este pensamiento consignado en uno de sus primeros *Ensayos*. Escribió así el insigne humanista: "No estamos nunca en nuestra época; estamos siempre más allá. El temor, el deseo, la esperanza, nos lanzan al porvenir y nos sustraen el sentimiento y la consideración de lo que es, para ocuparnos de lo que será". Y además creía que uno debe realizar sus propios actos y procurar conocerse a sí mismo. En verdad nada tan refrescante para la mente, para el alma, como volver a Montaigne, maestro de la vida, de cuantos maestros ha habido. Lo que si importa resaltar es la modernidad de la obra de Montaigne, y el sentido un tanto autobiográfico de los *Ensayos*, sentido que les señalan algunos de quienes se han ocupado de ellos. Desde el punto de vista filosófico y cultural -advierde uno de los biógrafos de Montaigne- el Renacimiento supone una ruptura radical con la Escolástica medieval. Y de ello Montaigne es elocuente representante. Y es esta verdad cuanto perdura de su tarea espiritual magnífica.

(*) Roberto García-Peña (Ayax), *El Tiempo*, 19 de julio de 1992, p. 5-A



Desde San Lorenzo de El Escorial

Manuel Andújar

Sr. Director Carlos-Enrique Ruiz
Revista "ALEPH"
Apartado 1080
Manizales -Colombia-

Gentil amigo y muy distinguido en letras Iberoamericanas:

Presento a usted, estimado colega, las más rendidas excusas por no haberle enviado, en su oportunidad, el texto sobre la figura y aportación cultural y literaria del notable pensador y -prosista- francés Montaigne, cuyo centenario se comenta ahora en todo el mundo occidental. El año me trajo serios quebraderos de salud, respiratorios principalmente, que interrumpieron mi quehacer habitual.

De otra parte, he procurado enterarme del tipo de trabajos que sobre él han aparecido, de manera que, de modo deseable, no incurriera yo en una colaboración reiteradora.

Estos dos motivos le explicarán la razón de mi "ausencia" del número especial de la revista por usted dirigida, dedicada a Montaigne.

No obstante ello, y para tranquilizar mi conciencia respecto a la publicación que a Usted enaltece, le incluyo, unas reflexiones que por su condición de recuerdos y trasuntos de influencias, confío le interesen, tanto si las utiliza a guisa de complemento o simplemente lo incluye en nuestra correspondencia. Sea lo que fuere lo que usted decida, estaré conforme y le quedaré agradecido.

En estos días se clausura la Exposición Universal de Sevilla, factor



que se relaciona con un contacto inicial que me abrió las puertas del pensamiento y actitud vital del intelectual francés, al que debemos una forma de analizar y juzgar que han sentado pauta en la sociedad de los siglos inmediatos y que ha conservado su fundamental vigencia.

Por invitación amable de familiares muy cercanos, pasé aquella temporada estival (1929), que cerró las actividades públicas de la Exposición (nuevamente el eje Sevilla-Barcelona) en Alcalá del Río, en un poblado que improvisaron para las obras de canalización del Guadalquivir en aquella zona.

Fue una época de importantes y trascendentes lecturas, que tanto contribuyeron a moldear mi espíritu. Y el máximo y fecundante recuerdo de aquellos calados en las creaciones más significativas de los escritores, ya famosos entonces, se fija en una edición Calleja de los trabajos, a la sazón completos, del maestro Azorín, que sentía y transmitía un brillante espigar en las páginas de Montaigne, revelaban un afán de conocimiento de justipreciación de neto corte cartesiano. A orilla del gran río dialogaba yo (una precocidad) con las observaciones captadoras de Azorín, que ejercieron una bien perceptible irradiación en los ingenios de aquellas décadas, capaces de enmarcar las cualidades de los primores mentales, que establecen una vinculación entre la finura levantina, cuando se despoja de su tendencia cromática, en las meditaciones de un hidalgo provinciano francés que no se pliega a los dictados de una engañosa realidad inmediata y se dedica a la indagación de causas y repercusiones y sienta, por tanto, las bases de razonamiento científico, lo que ha de emplazarlo en la línea del ilustre benedictino, padre Benito Feijoo.

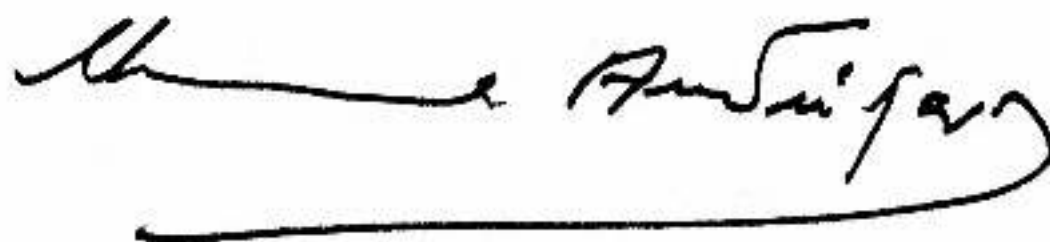
No he podido desplazarme, por los quebrantos de salud ya mencionados a la Cartuja en el presente 1992, que nos ha venido con su sonoro aparato conmemorativo del medio milenio del descubrimiento.

Esta dificultad exime de agravios comparativos de dos celebraciones que pese a su distancia en el tiempo no dejan de mostrar similitudes que debieran configurararnos.

Me permito apelar a sus comprensiones, tanto en lo que se refiere al contenido de esta carta "sui generis" como al común recuerdo del Doctor Fernando Charry Lara y a su entorno cultural, literario y poético.

Mucho éxito para su revista y para el número dedicado a Montaigne.

Le mando un fuerte abrazo.

A handwritten signature in black ink, which appears to be "Manuel Azaña". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal stroke at the end.

Diálogos entre Montaigne y el guaraní (*)

Germán Arciniegas

Siempre he pensado en esos 11 años que pasaron en Perigord, Montaigne y su criado guaraní. Mucha falta les hace a los filósofos tener al lado a un analfabeto. El autor de *Los Cochinos* y de *Los Caníbales* dialogó más tiempo con el indio guaraní que con Aristóteles y Platón. Posiblemente buena parte del equilibrio de los *Ensayos* estuvo en ese contacto permanente con el buen sentido de un hombre traído del Nuevo Mundo que, desde el desayuno hasta la cena, le estaba mostrando cómo se comporta un ser humano que nada tiene que ver con eso que se llama la cultura europea.

Lo que primero sedujo a Montaigne fué la reacción del guaraní en Ruán al ver a los cortesanos. Se formó una idea infeliz de las personas cercanas al rey por su servilismo. Llegaban hasta el extremo de besarle los plés. La reacción del indígena fué de un desprecio infinito. Encontraba ese servilismo increíble en hombres que adulaban en esa forma a quien debía considerar ese obsequio como una indignidad de sus vasallos.

Montaigne recoge este gesto de los indígenas en los *Ensayos* y exalta la idea que tiene el indio de su propia dignidad. Por encima de la estimación que de sí mismo debería tener el europeo, la actitud de lo que vino a llamarse *El Buen Salvaje* es ejemplar. El juicio de Montaigne, seguramente no se disminuyó por el trato constante que tuvo del guaraní llevado a su servicio. En 11 años no tuvo nada que rectificar en sus *Ensayos*.

(*) "El Tiempo",
30/VI/92 (p. 5-A)

Al hacer la comparación entre el juicio final que se había formado Colón de los caribes, a quienes trató de esclavizar, engañó, ahorcó y

sometió al régimen penal que llevaba de su cultura europea no hace sino darle mayor valor al juicio de Montaigne.

Durante 300 años se mantuvo latente lo de Montaigne y vino a ser el fondo en que se apoyó la causa de la independencia en el siglo XVII y le dió su triunfo definitivo en el XIX. La casona de Montaigne en Perigord tiene para los suramericanos el valor de lo que los *Ensayos* significan dentro del inicio del mundo americano independiente. Subrayemos que entre las fuentes usadas por Montaigne en los *Ensayos*, lo menos que figura es del Padre de Las Casas. Se atiende a los cronistas, a los primeros historiadores que relatan el encuentro de los conquistadores. Le bastaba tener en casa al guaraní auténtico que le sirve de testigo permanente de cómo es el hombre americano, en su estado natural.

Para descubrir a América nunca es tarde. La cita lo mismo puede ser en Guanahani, en Brujas, en Florencia, en Saint Dié o en Roma o en Cracovia. La cosa es llegar a un lugar en donde haya gente capaz de ver lo que está pasando.

En Santo Domingo lo vió y le dió toda su dimensión Bartolomé de Las Casas y le dió un vuelco al derecho universal. En Ayacucho, clarísimo Sucre cuando dió la batalla. Bolívar perfecto cuando dijo que en la libertad de América estaba la esperanza del universo.

Juárez dió la definición definitiva en la frase "el respeto al derecho ajeno es la paz". Nosotros podemos descubrir a América, que está a la vuelta de la esquina. Eso es en el fondo lo de los 500 años.

Cuando estaba fresquito lo del viaje de Colón, hubo una generación de poetas y de músicos y de idealistas que fue la contemporánea de Montaigne y éste recogió todo eso y lo redujo a las conversaciones directas con unos indios del Paraguay. Se llevó uno a Perigord, y lo tuvo a su lado 11 años.

Esos 11 años están en unas páginas de los *Ensayos* que por eso constituyen para nosotros lectura que no estaría mal se impusiera en las escuelas como agradable vuelta a lo que era la historia cuando comenzaba a orillas del Sena, en un escenario de fábula.

Allá caminaban los indios guaraníes entre fingidos palos de Brasil, y los oían gentes como La Boétie, Ronsard, Montaigne...

Domínica. i. quadrag.
Illucauit me sine.
Et ego exaudiam in
captiam cum et glo

nificabo cum longitudi
dicitum adimpleto eu:
Qui hinc in ad ps.
utono altissim in pro





Notas

Carlos Enrique Ruiz
Director Revista ALEPH
Apartado de Correos 1080
Manizales

Sin tiempo alguno para escribir colaboración solicitada sobre Montaigne quiero al menos reiterar mi constante admiración por su obra donde tempranamente fué sobrepasado entonces naciente eurocentrismo. Montaigne inventó un género que practicó y sobre todo dejó lecciones de tolerancia, curiosidad mundial y lucidez que conservan plena vigencia.

Saludos cordiales.

Roberto Fernández Retamar

Santafé de Bogotá, D.C.,
23 de Junio de 1992
MCR-254-92

Doctor
Carlos Enrique Ruiz
Director Revista ALEPH
Manizales

Apreciado Carlos Enrique:

Muchas gracias por tu deferencia conmigo y por pensar que yo podría responder a una encuesta sobre el inmortal don Miguel de Montaigne. Tan ilustre personaje no figura, desafortunadamente para mí, entre los personajes que me suscitaban deseo de acampar



siquiera unas pocas noches en mi aprendizaje de la historia.

Supe, por supuesto, de su cercanía física a los grandes episodios de la Reforma y de la Contrarreforma. Algunos han dicho que, por su proximidad a las intimidades del poder, hubiera podido hacer la mejor crónica sobre la noche de San Bartolomé. Sin embargo, como sus ensayos recogieron más sus experiencias intelectuales que sus percepciones del con-torno histórico, me limité a tomar las informaciones del generalista. Confieso, entonces, con mucha humildad que me sentiría "haciendo el oso" tratando de evocar hoy a semejante personaje.

Recibe un cordial abrazo,

Mario Calderón Rivera

Madrid, Junio 20/92

Querido Carlos Enrique:

Contesto con toda sinceridad tu encuesta sobre Montaigne:

Era un miércoles en la tarde. Levanté un viejo sofá en casa de mis abuelos, cuando buscaba un lápiz que se me había perdido, y allí encontré los **Ensayos** de Montaigne: era el libro que servía para apoyar la parte trasera del sofá,

ante la ausencia de las patas originales.

Gracias a la estabilidad que el libro de los **Ensayos** ofrecía al sofá de mi abuelo, pude sentarme en él varias horas a leer los comics de la pequeña Lulú.

Mi abuelo murió, vendieron el sofá y regalaron el libro de Montaigne. La última vez que alguien me detuvo en la calle para preguntarme algo que lejanamente se pareciera a un interés por Montaigne fué en 1971. El que me detuvo era un hincha de Santafé y su pregunta, en realidad, no averiguaba por Montaigne sino por Montañó, a la sazón puntero izquierdo del grupo. Lo que no recuerdo es si ese día jugaba Montañó o no.

Espero te sirva esta sincera respuesta de un ignorante como yo.

Un abrazo,
Daniel Samper Pizano

Department of Philosophy
Tel-Aviv University,
Tel-Aviv 69978, Israel
Ben-Ami Scharfstein

July 26, 1992

Prof. Carlos-Enrique Ruiz
Director, Revista ALEPH
Apartado 1080
Manizales, Columbia
South America

Dear Professor Ruiz:

Thank you for honoring me with the request to contribute to the issue of ALEPH in commemoration of the four hundredth anniversary



of Montaigne's death. Unfortunately, I cannot take time off from the work I am now doing to answer your questions as they deserve. In any case, I would not be able to answer your first question because I cannot remember when I first read Montaigne. Unless my memory is tricking me, I have always admired him more than almost any other philosopher, and, at the same time, have always taken pleasure in him as a storyteller whose stories, difficulties, and pleasures are really about myself. He feels like a wise friend rather than a philosopher -so often a distant someone who builds a system no one else is able to accept, who forces life into a shape it cannot fit, or who is angry with or scornful of everyone except himself. Montaigne has the very nearly unique ability to take the world -dishonesty and cruelty excepted- just as it is, by which I mean to honor the differences natural to human beings and to be tolerant even of his own inconsistencies, which he is ready to enjoy even though they bewilder him. As he says, what is virtually divine is to know how to enjoy exactly the condition in which we already find ourselves. I suppose that we cannot help taking to the intellectual fashions that appear around us, but when we tire of them, as must happen, we can do no better than go back to kind, unflinching, simple, complicated, old, young Montaigne. His learned, light-hearted ghost sits on our shoulder smiling at us and with us.

With respect, and with hopes for the success of the commemorative issue of ALEPH,

Very cordially yours,
Ben-Ami Scharfstein

Colaboradores

ALFONSO LOPEZ-MICHELSSEN. Expresidente de la República de Colombia; escritor, ensayista.

CARLOS MARTÍN. Ensayista y poeta, superviviente de la generación "Piedra y Cielo".

JOSE PRAT. Miembro de la "generación del destierro"; su exilio como republicano español lo pasó en Colombia. Actual presidente del "Ateneo de Madrid". Humanista.

JEAN-CLAUDE ARNOULD. Profesor francés, miembro de la "Asociación Internacional de Amigos de Montaigne".

BELISARIO BETANCUR. Escritor, expresidente de la República de Colombia.

ALVARO MUTIS. Poeta, cuentista y novelista colombiano, residente en Ciudad de México.

JAIME MEJIA-DUQUE. Ensayista, crítico literario.

BEN-AMI SCHARFSTEIN. Filósofo, profesor en la Universidad de Tel-Aviv, Israel.

JAIME JARAMILLO URIBE. Historiador, doctor 'Honoris Causa' de la Universidad Nacional de Colombia, ex-diplomático; profesor-investigador en la Universidad de los Andes.

GUSTAV SIEBENMANN. Ensayista, especialista en letras románicas; profesor suizo.

MANUEL ANDUJAR. De la generación de exiliados republicanos en América. Novelista, reside en "San Lorenzo de El Escorial" (España).

PILAR GONZALEZ-GOMEZ. Escritora y dibujante residente en Madrid (España). Autora de la carátula.

PATRONATO DE LA FUNDACION ALEPH. *Socios Honorarios:* Luciano Mora Osejo, Rubén Sierra Mejía, Jesús Mejía Ossa, Guillermo Botero Gutiérrez, Mirta Negreira Lucas, Livia González y Rodrigo Ramírez C. *Socios Fundadores:* Adela Londoño Carvajal, Fernando Mejía Fernández, Nínfa Muñoz R., Amanda García M., Martha Londoño de Maldonado, Jorge Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz Marina Amézquita M., Mario Spaggiari J., Hugo Marulanda L., Jorge Eduardo Hurtado G., Alvaro Gutiérrez A., Rafael Zambrano F., Fabio Rincón C., Heriberto Santacruz I., Gonzalo Duque E., Alberto Marulanda L., Eduardo López V., Daniel Alberto Arias T., José Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado, Norma Velásquez Garcés, Oscar Correa M., Carlos Enrique Ruiz. *Socios Adherentes:* María Leonor Villada S., Benhur Valencia B., María Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Amparo González R., Elena Álvarez L., Jorge Ellécer Marín Arias, Elsie Duque de Ramírez, Martha Cecilia Giraldo M., José Danilo Quintero D., Luz Stella Velásquez, Patricia Noguera de E., Néstor Tabares C., José Gregorio Rodríguez, Martha Helena Barco, Carmenza Isaza D., Jesús Gómez, Angela García. *Suscriptores de Apoyo:* Luis Eduardo Mora Osejo, Octavio Calderón, Gustavo Isaza, Anielka Gelemur-Rendón, David Puerta Zuluaga, Lino Jaramillo Ocampo, Alejandro Dávila A.



Colcultura

BECAS DE CREACION

**PUBLICACIONES CULTURALES
PERIODICAS**

Fundación Mazda
para el arte y la ciencia.



PLANETA



Un apoyo al desarrollo
del talento nacional



**INDUSTRIA
LICORERA
DE CALDAS**



**COMITE DEPARTAMENTAL
DE
CAFETEROS DE CALDAS**



Banco Cafetero

Los Ensayos de Montaigne: bálsamo curativo <i>/Alfonso López-Michielsen/</i>	2
Michel de Montaigne <i>/Ch. M. des Croix/</i>	5
LII <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	9
Su pensamiento <i>/Citas de los Ensayos/</i>	10
Verdad y Sombra <i>/Carlos Martín/</i>	15
"El buen salvaje" <i>/José Prat/</i>	23
El Nuevo Mundo <i>/Jean-Claude Arnould/</i>	26
Cuatrocientos años de actualidad <i>/Belsario Botancur/</i>	29
Mi gran maestro <i>/Alvaro Muñoz/</i>	31
Páginas que sonríen <i>/Jaime Mejía-Duque/</i>	32
Bondadoso pero inflexible <i>/Ben-Ami Scharfstein/</i>	34
Chuang-tzu y Montaigne <i>/Ben-Ami Scharfstein/</i>	37
Pensamiento moderno <i>/Jaime Jaramillo-Cirbe/</i>	39
La educación <i>/Jaime Jaramillo-Cirbe/</i>	41
Pautas propias en la cultura <i>/Gustav Sebermann/</i>	47
El destino de América <i>/Alfonso Reyes/</i>	49
El ideal de Montaigne <i>/Azorín/</i>	52
Volver a Montaigne <i>/Roberto García-Peña, Ayax/</i>	55
Desde San Lorenzo de El Escorial <i>/Manuel Andújar/</i>	57
Diálogos entre Montaigne y el guaraní <i>/Germán Archinegas/</i>	59
NOTAS <i>/Mensaje de Roberto Fernández-Retamar/ /Mensaje de Mario Calderón-Rivera/ /Mensaje de Daniel Samper-Pizano/</i>	62
Colaboradores	64